

El gran maratón

Corro, y el sol me persigue
cuesta abajo cuesta arriba,
sangran mis pies lacerados,
hace mucho que se secó mi saliva.

Corro de noche y de día,
ya mis piernas no respondes,
al levantar la cabeza
veo lejos el horizonte,
faltan muchas cuesta arriba.

Pero se que he de seguir,
que no puedo desfallecer,
debo seguir corriendo,
no me pueden coger.

Corro por al libertad,
soy el mejor corredor,
el primero, no hay relevo,
éste es mi maratón.

Comenzó al saltar la tapia
de la que fue mi prisión,
allí me puse en cabeza,
empero la carrera es larga,
dura mucho el maratón.

Todo el mundo me persigue,
en cuanto uno me pase
mi carrera se acabó.

Ya mis piernas desvanecen,
necesito descansar,
necesito un escondite
desde el que poder mirar.

Estoy cansado y no aguanto,
quiero dejarme caer,
quiero ceder el relevo,
quiero dejar de correr.

oigo voces a lo lejos:
¡Lo tenemos, a él!...

salto impulsado de nuevo
y vuelven a volar mis pies.

No hay cadenas, no hay relevos,
no me dejaré coger.

Pero de nuevo me canso,
siento que no venceré.
el martón es muy largo
y nunca lo conseguiré.

Desde que empecé a correr
no he podido descansar,
siempre mirando a los lados,
siempre mirando atrás.

Con el corazón en vilo
y los nervio crispados,
sin dormir apenas nada,
siempre seré un marginado,
en la cárcel y en la calle
siempre como un perdedor,
solamente seré libre
mientras dure el maratón.

Antonio Vázquez Vázquez

***“¿Para qué escribo esto? Pues para eso... Para los compañeros,
para que ven que es posible y se animen...”***

Epílogo

Y continuaron, como siempre, saltando de un tema a otro durante horas y horas. A veces profundizando, o casi diría filosofando a su modo, pero normalmente las conversaciones eran frívolas y triviales. O así me lo parecían.

Sin embargo, la historia que he contado me subyugó. Eran una serie de aventuras emocionantes tan solo, sí, pero dignas de ser narradas porque creo que dejaban traslucir algo más. Sus protagonistas tenían en común un espíritu de rebeldía incombustible y un ansia de libertad sobre todas las cosas. Y recalco esto: sobre todas las cosas.

Para mí no existía un opuesto a la libertad sino la muerte. No concebía el término prisión o cárcel más que como sinónimo de muerte.

Jamás pensé en la posibilidad de hallarme prisionero antes de conocer a esta gente. Incluso después se me hacía difícil. Podía imaginar cómo me encerraban en una jaula, pero poco más. Porque, simplemente, me moriría. Dejaría de comer, de cantar, de saltar, de vivir en definitiva. Ellos, no.

Después, con retazos de otras conversaciones, pude conocer el final de estas historias:

Al dos le cogieron en Córdoba dos meses y diez días después. Entró en una cafetería, una mujer lo reconoció por las fotografías de la prensa y avisó a la policía. Cinco o seis policías de paisano le fueron rodeando y, cuando estuvieron encima le detuvieron.

El seis estuvo setenta y un días en libertad. Un colaborador suyo lo delató y la casa en donde se encontraba, en Granada, fue asaltada por los GEOS.

El cuatro fue detenido en Utrera, el 1 de septiembre, de la manera más tonta: un policía municipal que sospechó de él lo encañono.

Al doce lo atraparon 15 días después, saliendo de una tienda donde compraba.

El diez cayó el 28 de agosto en un control de la Policía Secreta en la estación de autobuses de Sevilla.

El ocho corrió una suerte parecida al seis. El 27 de diciembre los GEOS asaltaron el edificio en donde se ocultaba en Barcelona.

Todos acabaron prácticamente igual, retornando a la prisión. Pero ellos no se dejaban vencer. Seguían luchando. Una y otra vez. Se habían fugado muchas veces y lo seguirían haciendo. Habían hecho de la rebeldía y la evasión su modo de vida, su filosofía. Morirían por ella. Matarían si fuera preciso. Pero nunca se rendirían. Eso, jamás.

EDICIÓN ORIGINAL: TXALAPARTA

REEDITADO POR:

EDICIONES ANARQUÍA [*edicionesanarquia@yahoo.com.ar*]

COORDINACIÓN ANTICARCELARIA DEL RÍO DE LA PLATA [*anticarcelaria@gmail.com*]

ABRIL 2009

de putón que teníamos. Bueno, y después nos apalancamos, pero la historia en sí es ésta.
¿Qué os parece?

–Joder, eres un fiero –dijo el seis–. Hablas del José, pero tú eres también un monstruo narrando películas. Un día de estos nos tienes que contar algo de cuando estuviste en Vietnam, ¿o no?

–Anda ya por ahí...

Palabras previas

Recientemente nos ha llegado a nuestras manos, luego de tener la intención de editar el presente material, una película de ficción al estilo de Hollywood sobre la vida de Juan José Garfia Rodríguez. Más allá del hecho sorpresa por la película en sí no nos ha dejado de sorprender determinadas cuestiones de las mismas que pasaremos a detallar brevemente ya que no es la intención del presente material indagar sobre la vida personal de quien se ha encargado de redactar los siguientes relatos.

Juan José Garfia Rodríguez mejor conocido como “el Garfia” lleva secuestrado en los centros de encierro de España más de dos décadas siendo acusado de varios atracos y de tres homicidios. Desde que se encuentra en prisión ha sido partícipe directo de fugas y motines.

El presente folleto que editamos es una recopilación de anécdotas que el Garfia y sus compañeros de módulo se han contado mientras intentaban romper con el devastador aislamiento de los FIES a los que eran sometidos.

Lo que nos motiva directamente a llevar a cabo esta edición es el profundo sentido de la libertad que adopta un preso en el momento que intenta fugarse, mediante el uso de la violencia o no, del lugar donde lo han mantenido encerrado y seguramente torturado vaya uno a saber por cuánto tiempo.

En lo que al autor del libro respecta, luego de varios años Garfia conoció a una enfermera del servicio penitenciario, hija de un funcionario de la cárcel, con la cual se ha casado y hasta el día de hoy lleva adelante una relación estable. En un pasaje de la película como en palabras de gente que de alguna manera está al tanto de lo que a la situación del Garfia compete; han llegado a hablar sobre el hecho del arrepentimiento de él mismo frente a los hechos que lo condujeron a la cárcel.

Consideramos importante hacer este paréntesis en la introducción para dejar claro de ante mano que consideramos que las decisiones propias de los hechos que esta persona ha tomado lo respectan directamente a él y nada podríamos decir nosotros bajo el punto de vista que no hemos pasado lo que ha vivido su cuerpo y su mente en estos años de encierro. Y muchos menos saber la necesidad que tendrá por encontrarse fuera con su gente.

Salvando estas cuestiones que a nuestro entender no le quitan valor a las actitudes de estas personas frente a la inhumanidad carcelaria lo que rescatamos es esa constante actitud rebelde que se expresa en los presos cuando buscan hacerse oír.

De esta manera los dejamos con el presente material que dicho sea de paso, la suma de dinero recaudada será destinada al apoyo económico de nuestros compañeros presos.

equipamiento de ningún tipo. En Riudons, Reus, intenté colocar un 127 en la puerta de un bar sacando a punta de cuchillo al tío que había dentro. El coche no arrancaba y el tío volvió con refuerzos. Uno se me tiró y le di una puñalada en el pecho que cayó redondo. Salimos a escape y dejamos el coche poco después en un barranco, escondido entre unos cañaverales.

Caminamos por el interior de un riachuelo apartando el ramaje que nos impedía el paso. Todavía tuve el humor de pensar en una escena de Papillón y nos estuvimos descojonando un rato. Anduvimos unos veinticinco kilómetros atravesando riachuelos, fangales y campos. Y todo ese tiempo no dejaba de llover.

Cuando atravesábamos una carretera, lo hacíamos con el corazón en vilo, a la carrera y lanzándonos de cabeza a la cuneta si en ese momento aparecían las luces de algún coche.

Seguimos las vías del tren hasta Cambrils. Allí intentamos localizar a una persona, pero no fue posible, así que seguimos nuestro caminar.

Las primeras luces del amanecer nos pillaron en la localidad de Salou. Teníamos que escondernos pronto. Vimos una pequeña masía, rompimos la puerta y entramos. Nos quitamos la ropa y el calzado, que estaba asqueroso, y nos comimos unas uvas de invierno que había en el patio. Yo me puse un mono azul y Manolo otros ropajes que encontramos por allí. Había también un poquito de licor y Paternita, que bebimos mezclado, esperando entrar en calor. Yo estaba muy agotado y me quedé dormido. Desperté al zarandearme Manolo.

–Carlos, espabila. Ha llegado el tío de la masía.

Cogí el cuchillo y salimos parar agarra al tipo que venía. Era un jubilado que iba a dar de comer al perrito que tenía en la masía. Tras amenazarle con los cuchillos, le metimos en la casa. el hombre se lo tomó con mucha tranquilidad y colaboró en todo momento con nosotros.

En un principio teníamos la ida de dejarle amarrado, pero tras comprobar que era diabético preferimos llevarlo con nosotros, cosa que él mismo nos pidió.

–De acuerdo. No queremos dejarle amarrado y que luego nos echen el muerto. Usted conducirá el coche y hará lo que le indiquemos, ¿conforme? –le propuse.

–Sí, sí, de acuerdo. No pienso crearos ningún problema, de verdad –se comprometió.

El tío cumplió su palabra.

Pero antes de ponernos en marcha, le corté el pelo y la barba a Manolo. De esa guisa ya dábamos la imagen de dos peones con su patrón. Montamos en el coche y así llegamos hasta Barcelona. Cuando bajamos del vehículo, el hombre dio la vuelta y se marchó tranquilamente. No nos denunció hasta llegar a Salou.

Nos metimos en una casa de mi madre. Cambiamos de ropas y, saltando una valla, nos colamos en otra vivienda.

Esa noche los GEOS asaltaron tres casas del lugar: la de mi madre, la de la derecha y la de la izquierda. Estuvieron a punto de saltar la casa que ocupábamos, pero finalmente no lo hicieron. Les debió convencer el hecho de que estuviera cerrada con un candado por fuera. Aun así cercaron todo el barrio y los hombres se tenían que identificar para entrar y salir.

Temíamos que repitieran el asalto esa noche, de modo que decidimos salir. Nos ayudaron a maquillarnos y nos vistieron de mujer, en plan gitanas. Y con todo el morro el mundo pasamos por delante de sus narices. Por fin, cuando dejamos atrás los controles policiales, empecé a descojonarme de Manolo y sólo paraba de reír para decirle la cara

está todo bien soltaremos a los restantes para que bajen delante de nosotros. Irán acompañados del médico y el ATS. Que pase Sebas hasta el Centro –añadí.

Sebas estaba allí al momento.

–Está todo como me lo has pedido, cuando cameles –me aseguró el colega.

–Vale, vamos a soltar a éstos –le comenté a Manolo.

Y así lo hicimos. Cuando los funcionarios llegaron abajo y empezaron a salir, bajamos nosotros. Al atravesar la primera puerta del rastrillo recuerdo que sonó una salva de aplausos y gritos deseándonos suerte. Unos metros antes de llegar al recinto pedí a Manolo que se quedase allí, fuera de tiro, hasta que subiera dentro del coche y lo llamara.

–Colega –recuerdo que le dije–, si me aprietan métele fuerte a éste antes de que lleguen a ti. Voy para allí.

Atravesé el recinto con el cuchillo bien plantado en el cuello del rehén. Tras el recinto se encontraba el último tramo. Allí estaba el coche con las puertas abiertas. Junto al coche estaba el jefe de Centro. Vi el cuerpo de guardia con la luz apagada y una rendija en la puerta.

–¡Esa puerta! –grité–. Quiero ver esa puerta cerrada del todo. Mata, quédate delante de la puerta.

El tío obedeció y se fue a cerrarla. Mientras avanzaba hacia el coche pude ver el despliegue policial en el lateral derecho de la prisión y, de frente, a los chicos de la prensa que gozaban como enanos subiéndose por los balcones. Me metí en el asiento trasero del coche arrastrando conmigo al carcelero y, una vez bien cubierto, le dije a voces a Manolo:

–Cuando cameles, socio, y al loro con el cuerpo de guardia.

–Voy para ahí –oi que contestaba.

Al momento estaba al volante del coche. Arrancó y salimos poniendo el intermitente, que ya es cachondearse. Lloviznaba cuando cruzamos la puerta. Rondaban las diez de la noche. A unos quinientos o seiscientos metros nos encontramos un control con muchas luces destellantes y lleno de picoletos.

–Colega, me tiro a por ellos –no mostró ninguna duda Manolo.

–Adelante, tronco –le animé.

Y cuando cambiaba el rumbo para abalanzarnos sobre ellos, nos dimos cuenta de que todos los guardias civiles tenían los brazos en alto, menos uno que nos hacía gestos para seguir. ¡Nos estaban dando paso! A lo largo de la carretera nos fuimos encontrando coches de la Guardia Civil cada quinientos metros.

Llevábamos como ocho o diez kilómetros por la Nacional 240 en dirección a Lérida cuando nos dimos cuenta de que nos seguían, ya nos lo esperábamos, claro. Identificamos un Renault 21 y un Ford Sierra. El Renault 21 nos adelantó. Pretendía frenarnos la marcha, pero Manolo sabía qué tenía que hacer con un volante entre las manos y forzó un adelantamiento peligroso. De nuevo intentaron adelantarnos sin que se lo permitiéramos. Ahora eran cuatro coches camuflados los que nos perseguían, pero Manolo empezó a pisarle y nos duraron un asalto. Nos desviamos de la N-240 a las comarcas HU-864 y HU-872, a la altura de Fraga. Luego les perdimos al meternos por caminos de tractor. Mucho más tarde, sobre la una y media de la madrugada, soltamos a los rehenes en una localidad llamada Les Borges del Camp, en Tarragona.

A las dos y media aproximadamente intentamos cambiar de coche, pues habíamos pinchado y no había manera de cambiar la rueda porque no había en el coche ni gato ni

Introducción

A mi hermano Carlos

Me gustaría explicar al lector de este pequeño libro el motivo de su elaboración y lo que con él pretendí. Pienso que así tendrá una mejor comprensión del mismo. Para empezar, diré que el marco en que se realizó, la prisión de El Dueso en los días finales de 1991, fue determinante. Los seis protagonistas del libro nos encontrábamos en el módulo especial FIES (Fichero de Internos en Especial Seguimiento). Aquel módulo, en el corto espacio de tiempo transcurrido desde su apertura, en julio de aquel mismo año, se había destacado por tener el régimen penitenciario más duro de España. No voy a entrar en detalles sobre lo que allí ocurrió ese tiempo, puesto que ello supondría poner más zancadillas a la ya de por sí intrínsecamente complicada elaboración del libro. Pero, para que el lector se haga una idea de lo que era aquello, hay que decir que fue necesario que la Asociación Pro Derechos Humanos y Salhaketa presentaran denuncias e informes en el Parlamento vasco y en otros organismos para conseguir, en junio de 1993, cerrar el módulo FIES definitivamente.

La tensión que se producía en tales circunstancias, sumado a las calamidades sufridas por todos nosotros, repercutían de forma rápida e implacable en unos hombres que en su mayoría (cuatro de seis) estaban enfermos de sida. Nosotros, para evitar la alienación carcelaria que el tratamiento que se da a los FIES lleva implícito, efectuábamos ejercicios cotidianos consistentes en debatir por la ventana (nuestro medio de comunicación) cualquier tema traído a colación. Esto no siempre servía, pues a veces finalizaba en acaloradas disputas generadoras de mayor tensión si cabía, pero contribuía a acercarnos más unos a otros por medio del conocimiento mutuo. De ese acercamiento surgía la armonía necesaria para soportar aquella situación.

También realizábamos otras actividades, no muchas ciertamente: jugábamos al ajedrez (con fichas construidas en papel), leíamos libros de la biblioteca que nos surtían con asiduidad, practicábamos gimnasia, etc. Pero lo que casi nunca hacíamos era escribir. Teníamos un poderoso motivo para no llevarlo a cabo: el tema era que, tras varios meses de incomunicación total, se nos había permitido cursar correo. Pero para ello debíamos entregar la hoja escrita con la dirección en el borde superior. Los funcionarios colocaban el papel en un sobre y enviaban a la Dirección General de Instituciones Penitenciarias en Madrid donde la carta era supervisada, autorizada y devuelta a la prisión para que le diese curso. Este procedimiento hacía que a una misiva le llevase dos meses o más el alcanzar su destino. Y viceversa. Más o menos, el mismo tiempo que tardaba en llegarnos a nosotros cualquier escrito que nos enviaran desde fuera. De manera que no manteníamos apenas contacto con el exterior.

Pero un día vi en un periódico un anuncio referente a un certamen de cuentos convocado por un ayuntamiento. Se me ocurrió la idea de que cada uno escribiese un cuento para enviarlo y se lo comuniqué a los demás. Excepto Juan y Barrot, los demás acogieron con entusiasmo la propuesta y nos propusimos llevarla a cabo. Pero al final sólo Vázquez y yo la concluimos. No llegamos a enviar los cuentos al certamen, pero el hecho de haber escrito una historia me hizo confiar en mi capacidad creativa, lo cual obviamente es independiente de la calidad literaria. Fue entonces cuando se me ocurrió escribir este libro.

El proyecto que ideé nos implicaba a todos nosotros. Estábamos catalogados como

gente muy peligrosa y cada uno había cometido delitos de uno u otro tipo, pero la principal afinidad entre todos nosotros -el motivo por el que se nos había clasificado en la situación FIES- consistía en que todos y cada uno de nosotros éramos fuguistas. Entonces ¿por qué no contar cada uno su fuga más espectacular? Creí que ésa sería una buena manera para intentar salir de la anodina y nociva rutina, así que comenté la idea entre los compañeros para ver quién estaba dispuesto a secundarla.

La propuesta les gustó a mis colegas y nos pusimos manos a la obra. En cuanto al método, estaba claro. Porque, vamos a ver: ¿quién conoce mejor un hecho que su propio protagonista? En consecuencia, Estévez, Vázquez, Tarrío y yo escribimos cada uno nuestras respectivas historias. Redondo no lo hizo puesto que su peripecia ya la contaba Tarrío al describir una fuga realizada por ambos. En cuanto a Barrot, éste no tenía facilidad para escribir. Así que traté de recoger su relato como si yo fuese un periodista, preguntando y anotando sus respuestas. Cuando los demás acabaron sus respectivas redacciones, las leían en voz alta y yo las iba a notando, ya que no nos permitían pasar cosas de una celda a otra. Es cierto que introduje mínimas correcciones, pero, por encima de todo, procuré dejar intacto el vocabulario y forma de expresión de cada uno.

Para hilar los relatos, se me ocurrió introducir la presencia de un estornino como narrador. Pero había una razón más para ello: el hecho de que fuese alguien ajeno a nosotros quien actuase como receptor y narrador era poner en plano de igualdad a todos. Es decir, que no se dedujese del texto quién lo había escrito. Procuraba con ello impedir en lo posible problemas a los respectivos autores.

Alguien sugirió posteriormente la idea de aportar alguna documentación que le diese solidez a las historias narradas en el libro. Se trataba de evitar que, con la entrada del estornino en escena, los relatos pareciesen irreales. Así que recogí los recortes del periódico que teníamos por allí y busqué los restantes. Asimismo pedí a mis compañeros que me entregasen los autos de procesamiento o, en su defecto, las peticiones fiscales que tuvieran. Esto es, los documentos judiciales que le permitiesen al lector verificar y contrastar el relato de los respectivos protagonistas con la versión oficial. Faltaba la documentación de uno, la de Barrot. Para él la situación vivida en El Dueso fue insuperable y, días después de ser trasladado a la prisión de Valladolid, se ahorcó en su celda. Solicité mediante un amigo suyo el auto de procesamiento al Juzgado de Elda y a la Guardia Civil del mismo pueblo, pero la petición me fue denegada.

Cuando todo estuvo escrito, aproveché el traslado a la prisión de Málaga, en donde tenía que acudir a un juicio, y le entregué el manuscrito a un amigo, Tafalla, que encontró tiempo entre sus horas de estudio para pasarlo a máquina. Posteriormente realicé algunas correcciones y mi amigo tuvo que mecanografiarlo de nuevo. Fue en la prisión de Picassent donde por fin pude reunir todo el material y acabar el libro.

Quiero que quede claro que el proyecto, la búsqueda de documentación y la elaboración de Adiós prisión fue obra exclusivamente mía, pero el libro lo escribimos entre todos. Cada uno aportó su parte correspondiente. Ahora, por fin, el libro va a publicarse, pero el mero hecho de haberlo concluido ya supuso para todos y cada uno de nosotros una enorme satisfacción.

Juan José Garfía Rodríguez

–¿En qué condiciones se encuentra el compañero? –se interesó Mata.

–Es un ataque al corazón y lo tenemos con oxígeno. Le he aplicado una inyección, pero necesita ser asistido urgentemente en un hospital –precisó el tal Javier.

–Pregúntales si lo dejan salir –oí cómo preguntaba Mata. Cogí el walky y contesté yo directamente.

–No va a ser posible. No va a salir nadie más de aquí hasta que llegue el coche y se abran todas las puertas. Queda muy poco para que se cumpla el plazo, así que puede resistir. Y si se cumple el plazo y no tenemos el coche, no necesitará asistencia médica. Tan sólo al forense para que le haga la autopsia. Por lo tanto, mejor que se dé prisa el doble.

–Esteve, no hagas ninguna barbaridad –no se daba por vencido Mata–. El director va a llegar en cualquier momento.

–Espero que así sea y que no se nos hagan trucos –advertí–. No toquen el coche para nada y que no jueguen con la caja de cambios como hicieron en Huelva. Pero aún no había concluido casi de hablar, cuando el jefe de Centro me interrumpió.

–Un momento, Esteve. Acaba de llegar el director. Se pone al habla.

–¿Está el coche dispuesto? –me adelanté.

–Sí –respondió firme el doble–. Estoy esperando una comunicación con Asunción para que lo autorice.

El tipo trataba de ganar tiempo otra vez.

–De esperar, nada –bramé por el walky–. O nos vamos inmediatamente o cumplimos nuestras amenazas. Quiero que pongan el coche en posición de salida ante el portón principal. Abran simultáneamente todas las puertas, desde la primera hasta la última. El policía más cercano que se quede en la acera de enfrente. Sin trucos o tomaremos medidas. Y recuerde que no vamos a dar facilidades.

–Está bien –aceptó él finalmente–. Pero tienen que dejar pasar a dos funcionarios para que puedan cerrar a sus compañeros, los demás presos. Si no, entenderán ustedes que no puedo abrir todas las puertas.

–De acuerdo. Pero les encerraran entre las cancelas, no en las celdas –acepté–. Que entren ya.

Pedí a la gente que pasaran a todos a las cancelas, cosa que hicieron sin problemas. Al mismo tiempo le dije a Sebas que se acercara al rastrillo y fuera hasta el coche para comprobar que todo estaba correcto: puertas abiertas y ni rastro de policías. Le pedí también que estuviera preparado para abrirnos paso y al loro de mis indicaciones. “Vale”, me dijo, y se marchó para abajo.

Como habíamos acordado con el doble, entraron los dos carceleros y cerraron las cancelas de las galerías con la gente dentro. En cuanto acabaron su tare, los carceleros volvieron a marcharse.

Llegado a este punto, tengo que recordar que toda la movida había empezado por el “pringao” que se chivó de Manolo. A éste le dije en el transcurso del secuestro que si quería ir a matar al chivato, pero Manolo pasó y me dijo que el primer objetivo era largarnos. Si no salía, ya veríamos.

Cuando creí que estaba ya todo listo, llamé al jefe de Centro.

–¿Estás ahí Jesús Mata? Vamos a salir con dos rehenes. Mucho cuidado porque al mínimo gesto se va todo al carajo, ¿entendido?

–entendido, pero deja que salgan antes los enfermos para que sean trasladado al hospital –me pidió.

–De acuerdo. Como sólo necesitamos dos rehenes, en cuanto nos confirmen que

dentro de media hora o les entregamos otro guardia muerto. No vamos a dar más plazos. O se nos pone el coche en media hora o repetimos lo del jefe de servicios.

–No te preocupes, Esteve. Conseguiré que os den el coche aunque tenga que movilizar a toda la plantilla de funcionarios.

–Bueno, pues quedamos a la espera –me mostré impaciente antes de cortar.

Pero no había soltado todavía el walky, cuando noté que me llamaba Manolo: “Este tío se me está derrumbando”.

Era cierto, el carcelero a cuyo cuello tenía puesto el cuchillo se estaba derrumbando en sus brazos mientras la cara le cambiaba de color. Del azul al morado. Se trataba de un ataque al corazón.

–¡Puerta, puerta! –llamé nervioso por el walky.

–Aquí, puerta, díganos.

–A uno de los rehenes le está dando un ataque al corazón. Mándenos un médico si no quiere que este tío la palme sin necesidad de apuñalarle.

Se hizo un denso e interminable silencio en la comunicación, hasta que al cabo de un breve momento volvía a escuchar la voz del jefe de Centro:

–Esteve, soy Jesús Mata. ¿Nos dais vuestra palabra de que respetaréis a los médicos?

–Te damos nuestra palabra –acepté su petición–. Tranquilo, que en cuanto atiendan al enfermo se podrán ir sin problemas. Pero que pasen rápido porque este tío se nos muere.

–Ahora mismo van el médico, el ATS y el Sebas –contestaron.

A los pocos minutos subían por la escalera dos médicos, el ATS y el Sebas con Eduardo, el otro preso que ya había estado antes. Al abrirles la cancela salió corriendo el médico que llevaba el oxígeno. Esa misma mañana había discutido con él y, al verme la cara, se cagó. Debió de creer que iba a tomar represalias, el tío maricón. Tuvo que volver a bajar Sebas a coger la bombona de oxígeno.

Mientras el médico y el ATS atendían al del ataque al corazón y a otro con una fuerte taquicardia, yo me puse a hablar con Sebas, que en todo momento colaboró a la perfección. Me dijo que a su parecer teníamos ganada la partida, ya que el doble había salido hacía un momento a llenar el depósito del coche para ponérselo fuera. Eso mismo nos comentaron los compañeros que había por allí, pues habían visto por televisión cómo se marchaba el doble en el coche. Las emisoras de radio también daban la misma noticia. Me puse los auriculares y escuché en una emisora local que estaban limpiando la carretera en dirección a la cárcel para dejar paso libre.

–Sebas, cuando traigan el coche, antes de salir nosotros quiero que controles tú el rastrillo para evitar sorpresas desagradables. ¿Lo harás? –le pedí.

–Sí –respondió categórico–. No te preocupes, que si te preparan algo yo te aviso.

–De todas formas, si nos vuelan la cabeza allí fuera habré muerto en la calle luchando por mi libertad –le comenté lleno de orgullo.

–Tranquilo, colega, que lo estáis consiguiendo –me animó.

En ese momento volvió a sonar el walky. Era el jefe de Centro.

–Esteve, soy Jesús Mata. Déjame hablar con el médico un momento. Ya te habrá dicho Sebas que el director ha salido a llenar el depósito del coche ¿no?

–Sí, me lo ha dicho –contesté–. Espero que no se despiste del plazo, que se cumple dentro de 10 minutos. Ahora se pone el médico.

Le pasé el walky al galeno.

–Soy Javier –se identificó el médico.

Glosario de términos del argot carcelario español

Achantarse: Callarse.

Aciguar: Coger, agarrar.

Apalancar(se): Esconder (se), quedarse quieto en un lugar.

Apretar: Meter.

Astillas: Porcentaje económico que se da al “Santo” por pasar información sobre un objetivo.

Bamba: Zapatilla deportiva.

Bata: Madre.

Blanca: Pistola que no tiene muertes en sus antecedentes de balística.

Bola: Libertad.

Boqui, Boqueras: Funcionario de prisiones.

Botar: Salir, saltar, irse.

Bote: Automóvil.

Bull: Culo.

Buitre: Egoísta.

Burda: Puerta.

Butrón o Buitrón: Agujero.

Cafelito: Café.

Camelar: Querer, apreciar.

Canguro: Furgón celular tipo autocar.

Canutear: Llamar por teléfono.

Careto: Cara, rostro.

Carro: Automóvil.

Chabolo: Celda.

Chanar: Enterarse de algo.

Chapar: Cerrar.

Chinarsé: Cortarse las venas.

Chorbito, Chorbo: Jovencito, joven.

Chusquel: Chivato.

Cigüeños: Guardis civiles.

Colocar: Coger, agarrar, encontrar.

Colorado: Oro.

Comunicar: Visita a la cárcel de la familia o de los amigos.

Consumado: Caballo, he-

roína.

Cunda: Conducción.

Dabute: Bien, perfecto.

Doble: Director.

Empetado: Lleno, introducido.

Encalomar: Ponerse, coger, colocar.

Engrupir: Apuntarse, sumarse.

Fusco: Arma, pistola.

Gabacho: Francés.

Galimba: Cerveza.

Ganso: Grande, alto.

Gicho: Funcionario de prisiones.

Guiris: Extranjeros.

Guindillas: Municipales.

Huele-huele: Via a vis.

Ʒai: Moro.

Ʒalar: Correr, avanzar, comer, serrar.

Ʒarrón: Cuchillo.

Ʒulai, Ʒulandrón: Pelele, idiota.

Ʒundunares: Guardias civiles (en el argot gitano).

Kie: Preso considerado como duro por sus propios compañeros.

La Keli: La casa de uno.

Loro: radio.

Lumi: Prostituta.

Machaca: Recadero, siervo.

Madero: Policía Nacional.

Mako: Cárcel.

Matarile: Darle a alguien “matarile”, significa matarlo.

Mazo: Mucho, montón.

Moreno: Persona de color.

Moviola: Movida, acción, suceso.

Muyao: Muerto.

Nota: Individuo.

Perlancha: Ventana.

Peruco: Reloj.

Pestañi: La policía.

Peta: Nombre.

Perra, perrancana: Traidor, cobarde.

Picantes: Calcetines.

Picos, Picoletos: Guardias Civiles.

Pinchos: Arma artesana puntiaguda que utilizan los presos.

Piltra: Cama.

Pinreles: Pies.

Pipa: Mirón, centinela.

Pipear: Mirar, vigilar.

Pira: Fuga.

Piril: La comida de uno.

Pis-Pas: Un segundo, un instante, un momento.

Plas: Hermano.

Postura: Porción de droga.

Pureta: Viejo, anciano.

Raqueta: Detector manual de metales.

Recaña: Dos tienen droga y uno se la fuma sin saberlo el otro.

Rilar: Comerse el coco.

Rue: Calle.

Santo: Persona que pasa información sobre objetivos para un atraco.

Semar: Conocer.

Señores: Inspectores de policía de paisano.

Sudaca: Apócope de sudamericano.

Tabano: Gitano.

Talego: Billeto de mil pesetas.

Tigre: Servicio, W.C.

Tralla: Cadena de oro.

Trasto: Arma.

Traviesos: Travestis.

Vaina: Asunto, historia.

Violeta: Violador.

dos al jefe de servicios y se lo llevaron. Lo cierto es que con el destrozo que le hice yo dudaba que sobreviviera. Le di por muerto, de lo contrario no hubiera permitido que lo sacaran.

–Yo oí por la radio que cuando llegó al hospital llevaba la mandíbula rota, más de treinta puñaladas y seis pulsaciones por minuto –terció el cuatro.

–Era duro el hijo puta –comentó el diez.

–Bien, dejadme que siga con el relato –continuó el ocho–. Nada más sacarlo por la puerta, me llamaron por el walky para decirme que allí estaba el gobernador y que iba a pasar dentro. Lo hizo con otros dos personajes que se identificaron uno como delegado del Gobierno y el otro, que por cierto no sé qué pintaba en el asunto, como representante del Partido Popular.

El diálogo con el gobernador fue un fracaso. En vez de llegar a un acuerdo ante nuestra firmeza, el tío quiso hacer gala de dureza, diciendo que no seguiría hablando si no nos moderábamos. Nos manifestó de manera clara que no iba a autorizar lo del coche, al menos de entrada.

Manolo reaccionó a esas palabras como impulsado por un resorte y le puso el cuchillo en el cuello a un rehén. Y mientras apretaba la hoja contra el gaznate, le gritó al gobernador: “Como no entréis en razón, le corto el cuello”.

Pero el tío dijo que así no seguía y que se iba a marchar. Manolo y yo empezamos a insultarle. La gente le abucheó e incluso algún carcelero le soltó una obscenidad. Pero el gobernador cumplió su palabra y se largó. Fue decepcionante, ya que desde un principio contábamos con que fuera precisamente el gobernador quien, con su autoridad, nos facilitara la salida. Así las cosas, decidimos presionar exclusivamente al doble. Y para que la presión fuera aún mayor, soltamos al jefe del Centro. Contábamos con su palabra, pero sobre todo contaban con ella sus compañeros que se quedaban en nuestras manos. Nosotros estábamos seguros de que buscaría apoyo de la plantilla para presionar al director.

Antes de que se marchara, se lo manifesté claramente:

–recuerde que con nosotros se quedan cinco compañeros suyos. Si nos niegan el coche, los iremos matando de uno en uno.

–Tranquilo, que os prometo que saldréis de aquí con el coche. –Y, dirigiéndose a sus colegas, trató a su vez de serenarlos–: No os preocupéis, que os sacaré de ésta.

–Confiamos en ti, Jesús. No nos falles –acertó a contestar alguno con tono lloroso.

Al poco soltarle ya estaba en contacto con nosotros por el walky, le pedí que me mandaran a Sebas y que me pusiera al habla con el doble.

–¿Sí? –oí otra vez al director.

–Oígame, preparémos el coche si no quiere que esto acabe en un baño de sangre –lo amenacé.

–Estoy a la espera de la aprobación del secretario general de Instituciones Penitenciarias –respondió.

–Mire, a mí Asunción me importa un bledo –le contesté de mala manera–. No queremos esperar más, ¿me entiende?

–El señor Asunción viene de camino hacia aquí –volvió a repetirme–. Por favor, esperen su llegada.

–Veamos. Que se ponga Jesús Mata, el jefe del Centro –solicité.

–Dime, Esteve –respondió Mata inmediatamente.

–Usted sabe mejor que nadie como está esto –le dije–. Así que arréglenos lo del coche

dándole viajes. Finalmente, cuando me cansé de meterle con ése cogí uno de cuarenta centímetros que asemejaba casi a una espada y le golpeé varias veces con la hoja en la parte posterior del cuello y en la frente, como si estuviera dándole hachazos.

–¡Muérete, ya hijo de puta! –le gritaba.

El tío mordía el cuchillo para intentar sujetarlo y, antes de perder el conocimiento, aún tuvo agallas para encararseme.

–¿Me vas a matar, cabrón, me vas a matar? –decía.

El caso es que, una vez que quedó patente que íbamos a matar, los otros carceleros daban más gritos que el apuñalado. Lo que no sé es si eran de pena por su compañero o, quizás, de puro miedo.

Cuando acabé el apuñalamiento, lo pasé por debajo de la barandilla para tirarlo al vacío. El resto de rehenes me imploraba histéricamente que no lo hiciera. Iba ya a cortar la cuerda del cuello que le unía a la barandilla para que cayera por su propio peso, ya que aún no estaba colgando porque los pies los tenía sobre el firme, cuando Manolo me dijo: “Súbelo, Carlos. Este –y me señaló a Jesús Mata, el jefe de Centro– se ha comprometido a conseguirnos el coche si no lo tiramos”. Cogí al tipo del cinturón y lo izé. Al soltarlo se golpeó contra la barandilla y se debió de romper la mandíbula, porque sonó ha roto. Se quedó con la cabeza apoyada en la barandilla, como un muñeco de trapo.

Cogí el walky y llamé a puerta.

–Puerta, ¿no queráis un muerto? Pues ya tenéis uno. He ejecutado al jefe de servicios y, como no os dejéis de juegos con la comunicación y no venga pronto, pero ya, el gobernador, ejecutaremos a un segundo rehen.

–Esteve, tranquilícese –me dijeron a través del walky–. El gobernador ya está cerca y pronto se pondrá al habla.

Los presos, por su parte, estaban muy excitados con la vista de la sangre. Cuando apuñalaba al jefe de servicios, gritaban a coro: “¡Mátalo! ¡Mátalo! ¡Mátalo!”. Al acabar, sonó incluso una salva de aplausos. Yo pedí que me trajeran útiles para curarme y un par de presos fueron a la enfermería a buscarlos.

Resulta que al comenzar todo el jaleo estaba comunicando vis-a-vis un compañero, un tal Sebas. Esas comunicaciones se encuentran en el recinto, así que éste permanecía fuera. Tras consultarme, el director nos lo mandó para hablar con nosotros. Eso fue antes del apuñalamiento. Charlamos. Me contó el despliegue que había en el rastrillo y me aseguró que él no había visto por fuera al gobernador, aunque lo cierto es que tampoco lo conocía. Le pedí a Sebas que saliera de nuevo para decirles la movida del coche. Cuando volvió ya había sido lo del jefe de servicios. Nos contó que estaban esperando a que llegara Asunción y me pidió que le dejara llevarse aquel muñeco de trapo que era el apuñalado.

–¿Para qué si ya está muerto? –le mostré mi extrañeza.

Intervino entonces el jefe de Centro.

–Vive todavía, Esteve. Hace un momento le he visto un espasmo. Por favor, deja que se le lleve Sebas. Si lo haces, yo te prometo que te consigo el coche aunque me tenga que pegar con el gobernador, el director o con su puta madre.

Vi cómo Manolo hacía un gesto de asentimiento, así que también transigí.

–Bueno, llévatelo, Sebas. Y diles a ésos de ahí fuera que no hagan tonterías.

–Tranquilo, colega –me contestó él–. Creo que lo vais a conseguir porque están cagadísimos.

Después, ayudado por otro preso, un madrileño llamado Eduardo, cogieron entre los

El estornino

Vivo en un edificio de la gente. Mi nido está en una esquina, bajo una cornisa y pegado a un muro. Un lugar que conozco bien, porque todos los años lo utilizo para criar a mis pequeños. Es bastante seguro y no temo nada cuando los dejo solos porque da a un patio donde únicamente entran los pájaros.

Este año, cuando vine al nido con mi compañero a poner los primeros huevos de la temporada, observé que en las ventanas que hay frente al muro estaban unos hombres. En un principio dudé en quedarme allí, pues nunca había habido seres humanos en esas ventanas y su proximidad me intranquilizaba. Miré a mi alrededor y me di cuenta de que habían cambiado algunas cosas respecto al año pasado. En el muro, frente a las ventanas, había como una especie de ojo mecánico[1] que más tarde oí a la gente llamarlo “inquisidor”. También había alambradas sobre los muros del patio, y en las ventanas donde estaba esa gente –eran seis personas– habían añadido otra reja de barrotes.

Entre ventana y ventana, del mismo color naranja de los barrotes, vi unas grandes chapas o placas de metal. Mi compañero me señaló los enormes focos que había situados a cada lado del patio. Mientras mirábamos todo esto oí a la gente hablar en voz alta. Al observarles fijamente me di cuenta de un detalle que hizo que nos instalásemos definitivamente en el nido como todos los años: la gente no podía sacar sino tan sólo la mano entre los barrotes.

El patio seguía habitado por los mismo pájaros de siempre: gorriones, gaviotas, pajaritas y, por supuesto, nosotros, los estorninos.

Así que todo siguió normalmente como el resto de los años y, tras incubar los huevos, tuve dos pequeñuelos. Pero desde que llegó la gente ocurrió algo sin lo que me hubiese sido imposible contar esta historia, ya que en cuanto nacen los pequeños comienza la carrera contra-reloj para la búsqueda de alimentos. Eso supone que mi compañero y yo estábamos desde que amanece hasta el anochecer volando de un sitio a otro recogiendo la comida para nuestras insaciables crías. Pero eso cambió en esta oportunidad. La gente arrojaba por las ventanas todo tipo de comida dos veces al día. Sobre todo tiraba carne y fruta. La primera se la disputaban las gaviotas entre gritos y peleas, pero siempre quedaba algo. Y la fruta sólo la comíamos nosotros. Mientras yo daba de comer a los pequeños, mi compañero mantenía alejados a los demás estorninos. Teníamos que defender un territorio tan productivo.

Esa ayuda de la gente hizo que mi tiempo fuese ahora más distendido. Podía estar largo rato en la entrada del nido, sin otra cosa que hacer que mirar a mis pequeños, cantar o limpiarme el plumaje. De ordinario no me fijaba en lo que hacían o decían los de las ventanas, pero ahora que tenía tiempo libre puse más atención y estuve largas tardes escuchando y observando. Y la verdad es que me parecía interesante lo que oía. La gente se llamaba entre ella por más de un nombre. Con el tiempo pude identificar quién era quién. Además tenían un número grande pintado encima de la ventana. El número dos era Barrot; el cuatro, Juan, aunque también le llamaban Juanito, Redondo, Pepinillo o Burbujas; el seis era Juanjo y le decían Garfia o Doctor; el ocho era Carlos, Esteve, Carlitos o Simpson; el diez era José, Tarrío, Che-Che o Norman. Y el doce era Pedro, Vázquez o Cansado. Yo, para no hacerme un lío los denominaba por el número de la

1. Se refiere a la cámara de circuito cerrado de t.v.

ventana: dos, cuatro, seis, ocho, diez, doce...

No debían de tener otras cosas que hacer, puesto que se tiraban en la ventana horas y horas hablando, riendo y voceando. Generalmente no les hacía mucho caso en sus pláticas, pero en algunas ocasiones contaban historias que me apasionaban. Una tarde estaban todos ellos charlando y explicándose unos a otros el motivo por el que estaban allí, en esa situación; el cuarto propuso que, por turnos, cada uno contara su última fuga. De esta forma fue como me enteré de unas odiseas prodigiosas que, tal como las oí, ahora las narro aquí.

se fueron por los suelos.

Eran poco más de las ocho cuando, tras varios intentos de entablar comunicación y hacer gritar un poco a los carceleros, se puso al habla el director. Empezó diciendo que los walkys se estaban quedando sin batería y que el gobernador no había llegado aún, pero estaba a punto de hacerlo.

–Escuche –le emplacé de nuevo– queremos que nos ponga en la puerta, con el depósito lleno, el coche Peugeot 505 turbo-disel matrícula de Madrid de color verde oscuro de su propiedad.

–No puedo hacer eso sin la confirmación de Madrid –contestó sin demasiada convicción–. Entiéndalo, no tengo atribuciones para hacerlo.

–Déjese de historias y recuerde que está en juego la vida de siete de sus carceleros. A nosotros nos importa un huevo morir en el intento, así que tampoco nos preocupa matar a sus carceleros –le solté de un tirón.

Y, acto seguido, dirigiéndome a Manolo, con el botón del walky apretado para que se oyera en la puerta, le dije:

–Colega, como era de suponer vamos a necesitar un muerto por lo menos.

–Pues, nada. Les mandamos un muerto y que hagan oreja –contestó mi colega.

Los rehenes seguían nuestra conversación con ojos alucinados y todos me pedían que les permitiera hablar con el doble. Uno a uno les fui dejando que charlaran y suplicaran a sus compañeros por sus vidas. Despotricaban contra todo el mundo, pero los insultos más fuertes eran para el gobernador por su retraso.

Cuando hubieron acabado, tomé palabra yo de nuevo.

–Si dentro de dos minutos no se pone el gobernador, entregamos el primer muerto. ¿Entendido?

No recibí respuesta y volví a repetir:

–¿Me has entendido?

Al seguir sin respuesta emplacé a Manolo:

–Estos cabrones piensan que estamos jugando. Todavía no se lo creen, colega. Así que no hay más plazos. Ha llegado el momento de mandarles un muerto.

–Cuando tú quieras –contestó.

–Pues, ya. El plazo de dos minutos está cumplido de sobra.

Abrí la comunicación por el walky y grité:

–Puerta, hijos de puta, se que me oís. Si está el gobernador que se ponga inmediatamente o empieza la fiesta.

Nuevamente no obtuve contestación, por lo que me limité a añadir:

–Bien, cabrones, vosotros lo habéis querido.

Y, dicho y hecho, dejé el walky en el suelo, cogí uno de los cuchillos cortos y me dirigí al jefe de servicios. Éste seguía la evolución de los acontecimientos con el terror asomado a su rostro. Sin medir palabra le di la primera puñalada en el costado derecho, por encima del hígado. Al meterle empezó a gritar. Los otros rehenes también prorrumpieron en gritos y alaridos, a la vez que la mayoría de ellos lloraban desconsoladamente. Al jefe de servicios le clavé con tanta fuerza que me hice un tajo en el dedo índice con el pico de acero que sobresalía de la hoja.

–¡Ay, cabrón! ¡Ay, que me matas! –gritaba el jefe de servicios.

Entonces me cegué. Le apuñalé en el pecho y en el cuello 15 o 20 veces. Tales eran mis ganas y mi ímpetu, que se me rompió el mango del cuchillo y la hoja quedó dentro de su cuerpo. Pero no me detuve por ello, saqué otro cuchillo del mismo tamaño y continué

Sobre las siete y media decidimos mostrar nuestra indignación: les soltamos unas cuantas barbaridades por el walky e hicimos hablar a los rehenes para que pidieran la llegada del gobernador. Fue entonces cuando nos dijeron que se ponía a hablar el secretario del gobernador.

–Oiga, soy el secretario del gobernador –sonó una voz en la que no noté ningún tipo de inflexión.

–Bien. ¿Y qué pasa con su querido jefe? –contesté.

–Viene de camino, se encontraba cerca de la ciudad cuando se le dio el aviso –hizo como que me explicaba–. Se está demorando por culpa del tráfico.

Fijaros lo que decía el tío jetas, ¡tráfico en Huesca! A continuación me propuso entrar dentro y hablar con nosotros.

–De acuerdo, pase usted solo y quédese en el Centro. Desde allí podemos hablar, pero le repito que venga solo –le advertí.

No habían pasado ni cinco minutos cuando el tipo se presentó en el centro. Debía de tener poco más de cuarenta años y no aparentaba mucha pinta de secretario. Nuestro diálogo fue muy corto. Estaba seguro de que el gobernador pululaba por allí cerca y tanto Manolo como yo nos empezábamos a cansar ya del juego.

–No me creo el cuento del tráfico –fue mi saludo hacia él.

–Pues yo no le puedo dar otra explicación porque no existe –contestó sin inmutarse–. Si me dicen lo que quiere se lo puedo ir comunicando por el teléfono del vehículo que lo trae hast aquí.

–Escúcheme usted a mí –le dije, remarcando cada uno de las sílabas–. Que se dé mucha prisa el gobernador porque si no oímos su voz en 15 minutos les entregamos el primer difunto.

–No pierdan la calma, no hagan nada irreparable –pidió el tío aquél.

–Márchese y no olvide contar lo que ha visto –le despedí. Pero antes de irse aquel fulano tuvo la oportunidad de escuchar los gritos de Manolo: “Que venga pronto el cabrón e tu jefe”, bramo mi colega.

El que decía ser el secretario se fue por fin y, cuando lo perdimos de vista, un compañero nos dijo que el tipo ese era un capitán de la Guardia Civil de Huesca. Inmediatamente llamé por el walky.

–Puerta, conteste puerta.

–Aquí puerta, ¿qué desea?

–Que se ponga el secretario del gobernador –pedí, procurando reclacar la palabra “secretario”.

–Un momento, que ahora se pone –contestaron.

–Quiero hacerle una pregunta –dije al reconocer su voz al otro lado del walky–. Cuando un capitán de la Guardia Civil hace méritos, ¿a qué graduación le ascienden?

–No le entiendo –respondió tras un breve silencio.

–Pues para ser capitán de los picos eres bastante tonto. No has engañado a nadie. Pero, bueno, por lo menos te habrás dado cuenta de lo difícil que lo tenéis para asaltarnos, ¿no?

–No he oído más que palabra sueltas... –trataba de disimular.

Fue a partir de ese momento cuando empezaron a jugar con la comunicación. No se daban cuenta de que la estaban cagando. Ellos psicológicamente estaban crecidos, pues, pese a las amenazas, no sucedía nada fuera de lo común en comparación con casos similares. Por eso, cuando se encontraron con lo inevitable, todas sus ideas y esperanzas

Una cuerda y una moto

–Yo creo que es mejor por orden cronológico, ¿no? –dijo el seis–. Así que empieza tú Pedro, que tu historia fue antes. Y procura detallar lo más posible.

Entonces comenzó a hablar el doce:

–Os cuento mejor la fuga anterior que tengo, que es también de un hospital, porque la última no tiene mucha historia que se diga: simplemente salí de allí por piernas al llegar al hospital. La otra, aunque es de hace ya un tiempo, es más interesante. Fue en 1981, en el hospital de Basurto de Bilbao. Estaba preventivo por un banco desde febrero y llegó julio sin perspectivas de que le juez me pusiera en libertad. Así que decidí fugarme. Hablé con mi novia, Romi, para que se pusiera en contacto con Cristóbal y Popeye, dos amigos que atracaban conmigo, para pedirles que me echaran una mano. La cosa iba de que yo ingresase en el hospital y que ellos me sacasen de allí a punta de pistola, encañonando a los dos o tres policías de guardia. El caso es que dijeron que sí y pusimos el plan en marcha. Me declaré en huelga de hambre y a los 15 días me trasladaron al hospital por orden del médico de la prisión. Cuando llegué allí avisé a Romi y vino a verme de inmediato. Me dijo que estaba todo arreglado, que mis colegas vendrían por mí.

A la mañana siguiente apreció una enfermera para comerme el coco diciéndome que si no quería comer, al menos tomase agua con glucosa. “Bueno vale, le dije, pero sólo eso”.

Al rato vi pasar a mi socio Cristóbal por el pasillo con el rostro bastante pálido. La puerta de la habitación estaba todo el día abierta y yo veía bien a la gente que pasaba. Lógicamente, también se me veía a mí desde fuera. Por la tarde vino de nuevo la chavala y me comentó que habían aparecido por la mañana decididos a sacarme, pero en el último momento se acojonaron. Ya ves, menudo mosqueo cogí. Me repuse y le di el recado para los colegas de que no se cortasen y que se lo hicieran. Pero al día siguiente, cuando vino otra vea Romi, me dijo que estaban muertos de miedo y no se atrevían.

Total, que me tuvieron cinco días más y me dieron el alta. Pero yo seguía en mis trece con la huelga y volvieron a bajarme al hospital. Me metieron en otro pabellón distinto y, como yo me quejaba del riñón, comenzaron a hacerme pruebas y radiografías.

El servicio estaba fuera de la habitación y tenía que ir acompañado de dos policías nacionales observé que la ventana del baño estaba clavada al marco y no se podía abrir. Además, siempre que iba al servicio me hacían dejar la puerta un poco abierta, lo suficiente para verme una pierna. En la habitación me esposaban a la cama por una muñeca y, si venía algún madero chungo, me esposaba las dos, crucificándome. Ése era el control que tenían sobre mí. Así que yo iba de bueno y no les daba la tabarra para que se santearan entre ellos que yo era buen chaval. Las visitas las respetaban y no ponían ninguna pega. En cuanto al horario, era como el de cualquier otro enfermo. Todos los días de cuatro y media a siete y media tenía visita de mis viejos y de mi piba. La chavala ya sabía lo que había. Le conté lo de la ventana para que se lo dijese a José, un amigo mío al que tiempo después mataron de un cartuchazo, y para que viniera con ella. Quería que se encalamara en el servicio del medio -había tres- y con unos alicates quitara los clavos y los cortara. De esa manera después yo podría cerrar la ventana sin clavarla, simulando que estaba chapada y poniendo cada clavo en sus propios agujeros. La niña se quedó bien con el rollo y al día siguiente se lo hicieron, poniendo por fuera en la repisa de la

ventana una cuerda de alpinismo de 10 metros de larga. Entonces le dije a Romi que José estuviera siempre en casa al mediodía y, cuando yo llamase por teléfono, que bajara a esperarme con la moto de cross que tenía.

Había policías más confiados que otros. Recuerdo que vino uno al que le dio un punto muy guapo. Resulta que el día anterior estuvo de guardia y mis viejos le cayeron muy bien. Y la historia que teníamos la chavala y yo, también. Así que me dijo en palanca:

–¿Cuánto tiempo llevas sin hacértelo con tu novia?

–Buf, por lo menos seis meses. Allí en el talego no nos dejan –contesté.

–Si quieres montártelo ahí en esa misma cama por mi no hay ningún problema –dijo–. Mi compañero y yo nos salimos al pasillo, cerramos la puerta y punto. Luego, avisas cuando acabes.

Total, que pillé a la piba y le dije lo que había. Ella estaba cantidad de cortada y no se lo quería hacer. Le comí el coco y ya ves si nos lo hicimos. Bueno, más bien me lo hice yo. Ella estaba tensa y sólo quería que acabase cuanto antes. Así que a los cinco minutos ya estaba hecho el trabajo, como los conejos. Je, je, je. Piqué puerta y entraron los monos. Cuando se fue Romi, el que se había enrollado, un tío con bigote, de unos cuarenta años, me dijo:

–No veas si eres rapidillo ¿eh? Si no has tardado ni dos minutos.

Yo le decía que eso era porque ella estaba cortada. El tío se reía. En el tiempo que permanecí con la piba a solas observé cómo estaba la ventana: daba a un jardín del hospital, pero había bastante altura para hacérselo sin cuerda. Como ya tenía preparada la fuga por el servicio, pues eso, me dediqué a meter el pirulí.

Una noche vinieron dos policía a los que les iba cantidad la priva. Y yo, que solía tener whisky o ginebra en la mesita, les invité y se pusieron como motos. Entonces yo ya comía o, más bien, bebía. Lo único, que seguía ingresado porque continuaba haciéndome pruebas del riñón. Total, que uno de ellos, de los borrachos, que era hijo de un teniente, me dijo si sabía dónde conseguir costo.

–Por supuesto, en mi barrio. Allí, fijo –le dije.

–Pues venga, vístete y nos vamos a pillar –me urgió el tío con el morado que tenía encima.

Yo me hice el estrecho diciéndole que no me molaba porque el otro madero estaba a gusto pero se le veía muy responsable como para que yo dijese “venga ya” sin que se mosqueara. Eran las dos de la madrugada, mi novia estaba conmigo desde las cinco de la tarde haciéndome compañía con el permiso de las enfermeras que la semaban de cuando ella trabajaba en el hospital y se reía de la película. El madero responsable decía que podía venir el capitán, encontrar la cama vacía y montarse una muy gorda.

–Nada, mira, se mete la chavala en la cama, se tapa bien y si viene el capitano (así llamaban al capitán) no se entera de nada –decía el bigotes convencido.

El caso es que estuvieron discutiendo el tema y el hijo del teniente no hacía más que decirme “venga, vístete y vamos”. Me enseño un 7,65 que debía de ser particular, porque entonces llevaban el revolver del 38 reglamentario.

–Venga y no hagas ninguna tontería que en todo momento iré apuntándote con esta pistola –decía el tío.

El responsable no tragaba y al final el bigotes se mosqueó con él diciéndole:

–Tú eres un cagón. Si estuviera con los de mi banda eso no pasaba. Paso de ti tío... –y se echo a dormir con su morado.

Aprovechó entonces el madero responsable para darnos la charla a mi piba y a mí.

ya que no era nuestra intención rendirnos tras una negociación. Estaba claro que o conseguíamos lo que queríamos o matábamos a nuestros rehenes uno a uno. Y teníamos ocho. Cada vez que recuerdo aquellos instantes, nunca deja de sorprenderme la lucidez, serenidad y claridad de ideas que tuvimos en un momento como ése, en el que la vida pendía de un hilo. Además el corazón bombeaba con fuerza y la adrenalina producía una sensación placentera.

Pedimos agua y unos compañeros trajeron unas botellas, café y tabaco. Constantemente demostraban su simpatía y solidaridad para con nuestra acción. El cinismo está a la orden del día.

Fueron ellos quienes me avisaron de que había apagado las luces de patios, tejados y reciento y que una nueva cantidad de picoletos se empezaba a desplegar por los tejados. Eso sucedió sobre las seis y cuarto de la tarde, por lo que llamé inmediatamente al rastrillo.

–puerta, ¿me oye puerta? Rápido, que alguien conteste.

–¿Sí? Soy el subdirector.

–¿Dónde está el director? –pregunté.

–Haciendo gestiones con Madrid e intentado localizar al gobernador.

–Pero bueno, bueno, ¿me toman por idiota o qué? A estas horas el gobernador ya ha debido de ser localizado y puesto al corriente. No pretendan jugar con nosotros si quieren que esto funcione. Déjense de truquitos y enciendan las luces de los patios y los tejados inmediatamente. Y en cuanto a los policías que están desplegándose por los tejados, que no hagan cosas raras o empezamos a cortar cuellos –amenacé con voz firme.

–Ahora encendemos las luces –contestó el subdirector–. Pero no hay policías desplegados por los tejados.

–No nos niegue la evidencia porque es una estupidez. Y recuerde que se acaba el plazo para que llegue el gobernador –le dije riéndome–. Le quedan sólo cinco minutos.

Comenté con Manolo esta circunstancia y decidimos de común acuerdo ampliar el plazo. En esta ocasión fue Manolo quien contestó cargado de mala leche.

–Oye, hijo de puta, vamos a posponer el plazo hasta las siete y cuarto de la tarde. Pero dejáros de mamonear. No habrá más demoras.

A Manolo le consideraban en Huesca un loco peligroso, pues había tenido varis broncas estando allí en primer grado. Esa impresión estaba tan asumida por los funcionarios que tanto los propios rehenes como sus compañeros, me solicitaron varias veces en el transcurso del secuestro por el walky, que procurara controlarlo. Le profesaban auténtico pánico. Eso era una baza a tener en cuenta porque le daba fiabilidad a nuestras amenazas.

Pero, por resumir: a las siete nos pidieron un nuevo aplazamiento y se lo concedimos hasta las siete y media. Además soltamos a un rehén. Concretamente, al maestro. Le quitamos las cuerdas y le dejamos ir para que explicara verbalmente cómo estaba la cosa. Eso influiría psicológicamente en nuestro favor. El maestro bajó las escaleras de tres en tres, quizás temiendo que nos arrepintiéramos de lo que acabábamos de hacer.

Tras esa liberación debieron creer que estaban ante otro secuestro de los habituales. Eso nos fue muy bien, como más adelante se verá. De momento empezaron a jugar con nosotros. Primero incumplieron el segundo plazo y nosotros les permitimos que se regodearan. O, más bien, que se cocieran en su propia salsa. El gobernador no llegaba, aunque yo estaba seguro de que no andaba muy lejos. Cada minuto que pasaba se iban creciendo psicológicamente al ver que no cumplíamos nuestras amenazas.

Sanz.

Dicho esto le acerqué el walky al tipo mencionado, pero antes de apretar el botón le advertí: “Explícales la situación y estate al loro”. El otro asintió.

–Soy José Sanz. Oye, nos tienen a ocho aquí arriba completamente amarrados. La situación es delicada. Yo estoy herido, aunque no parece ser muy grave. Los internos son dos y están armados con cuchillos de cocina.

–¿Seguro que estás bien? – se interesó El pistolero.

Intervine yo.

–Sí que está bien. En cuanto venga el director, que se ponga en contacto con nosotros. Y por lo que respecta al gobernador civil, será mejor que no tarde. Sería muy peligroso que nos pusiéramos nerviosos, ¿entiendes?

–el director ya está avisado y viene hacia aquí. Al gobernador están intentando localizarlo –trató de tranquilizarme.

–Bueno, cierro la comunicación hasta que venga el director –dije cortando la conversación.

Me dirigí a Manolo preguntándole cómo estaba. Me respondió que de puta madre. La verdad es que se le veía exaltado y, de vez en cuando, repartía algún guantazo que otro de forma indiscriminada entre los carceleros. Pero aún así se le notaba muy al tanto de todo. Me gustaba su compostura y me felicité por haber encontrado un compañero como él para una empresa como aquella.

–Esteve ¿me oye? –sonó una voz en el walky.

–Sí. ¿Hablo con el director? –pregunté.

–No –me respondió otra vez la misma voz–. Soy el psicólogo. ¿Podemos hablar?

–Pero bueno, fantasmón –aparenté estar muy mosqueado–. Mira, piensa que aquí entre mi colega Manolo y yo llevamos 30 años de cárcel. ¿Entiendes lo que eso significa? Tú, idiota, ¿qué pretendes? ¿Psicoanalizarnos? ¿O es que quizás quieres contarnos un cuento? Piérdete, hijo de puta, y que venga pronto el director. Y, si no, empieza de inmediato la fiesta.

–Ahora mismo se pone el director, Esteve – se explicaba con voz presurosa el psicólogo–. Yo sólo pretendía hablar con ustedes.

Se hizo un mínimo silencio, al cabo el cual se oyó una voz diferente:

–Esteve, Esteve... Soy el director. ¿Qué es lo que pretende?

–Queremos reventar ahí fuera –le dije.

–Yo les prometo que firmo inmediatamente su salida al hospital –contestó sobre la marcha el director.

–Me parece que usted no ha entendido. Nosotros no queremos ir al hospital. Nosotros nos queremos ir a la calle. Y para ello van a poner un helicóptero a nuestra disposición.

–No, eso no puede ser –casi no me dio tiempo a terminar.

–Está bien –simulé que accedía a regañadientes–. Nos conformaremos con un coche. Peor no me digo que no. Ya hemos aceptado la negativa del helicóptero y no vamos a pasar por ninguna más. ¿Me ha entendido? –le grité.

–Sí, le he entendido, Esteve. Pero tengo que hacer unas consultas con la Dirección General.

–Vale –admití–. Pero, mientras tanto, que se persone el gobernador antes de las seis y media. Llame cuando tenga noticias, pero no olvide el plazo que hemos dado.

Corté la comunicación y me puse a analizar la situación con Manolo. Permanecíamos en un estado de euforia controlada. Éramos muy conscientes del peligro que corríamos,

–Éste es un niño pijo que sólo está en el cuerpo porque su papá se lo ha propuesto, pero ni policía ni nada. Pasa de todo porque tiene trabajo cuando él quiera en cualquier sitio. Pero yo, no. Yo ingresé voluntario directo desde el servicio militar por el salario fijo de ciento y pico mil pesetas. Porque yo tengo que mantener a una mujer y un hijo. Éste, no.

Al día siguiente aparecieron dos guardias nuevos. Cuando vino Romi a visitarme, uno de ellos me esposó las dos manos a los laterales de la cama, como al Jesucristo. Cogí un mosqueo de la hostia.

–Te voy a quitarla vida por maricón –le gritaba yo.

La chavala se puso a llorar. El hijo de puta cogió la manivela de hierro que tenía la cama para subir y bajar y se fue. Después entró el otro policía, un sevillano, y me quitó los grilletas.

–Tranquila, mujer –dijo animando a Romi– que no todos somos iguales. En todos los sitios hay hijos de puta. Y dirigiéndose a mí, dijo:

–A ver si me dice algo la mamona esta.

El madero malo vino al rato, pero no se atrevió a decirle nada porque vio claro que si piaba tendría jari. Esa tarde llegó otro guardia y nos pusimos a privar cerveza. Cuando vino mi viejo a visitarme se quedó con la copla y nos montó una bronca de la hostia. Sobre todo a ellos:

–¿Pero no les da vergüenza dar bebida a una persona enferma? Y encima estando de servicio –gritaba.

Se cortaron y dejaron de beber.

–A partir de ahora, coca-cola –dijo uno de ellos.

Pero nada más abrirse el viejo, sacaron las latas de cerveza y seguimos bebiendo.

–Oye Pedro ¿vas a contarnos una fuga o la historia de tu vida en capítulos? –le interrumpió el ocho.

–Vale. Ya sigo. Lo que yo pretendía era ganarme la confianza de los monos y los iba tanteando. Ese mismo madero, el de las cervezas, vino a la noche siguiente. Me estuvo contando su vida: que era de un barrio marginal de Barcelona, que le iban los porros y todo eso. Para no molestar a un señor enfermo que metieron en la habitación conmigo, me levanté y fui al servicio. Allí el mono y yo nos pusimos a charlar y a beber y, a eso de las dos de la madrugada, le entré para que me dejara llamar por teléfono desde la cabina que había en la calle, “para no molestar al señor”. Dijo que sí, pero cogió su metralleta y con su tono vacilón me lo puso claro.

–Al loro que te mato.

Fui delante de él por las escaleras y pasillos hasta llegar al jardín, pero el tío no dejaba de apuntarme. Así que tuve que llamar a la piba y darle las buenas noches. El menda no se fiaba de mí ni un poquito. Vacilón, sí, pero no quería correr riesgos.

Por la mañana vino el médico.

–Estás bien. Lo único que tienes es el riñón un poco tocado por la huelga de hambre. Bebe mucha agua y se te pasará –me dijo.

–Entonces...

–Entonces, nada. Te voy a dar el alta ahora mismo.

Le dije rápidamente que no tenía ropa para vestirme, que mejor lo dejara para la tarde, así avisaba a mi familia y me traían ropa. No puso ningún impedimento.

Serían sobre las once de la mañana. A partir de ese instante tenía que hacer todo deprisa, pues ya no quedaban oportunidades. Llamé por teléfono a Romi, le dije que me

habían dado el alta y que estuviese en casa a las tres de la tarde y en contacto con José porque volvería a llamar.

A eso de las dos de la tarde hicieron el cambio de guardia. Eran dos que no habían venido nunca. El que estaba al mando me dio las buenas tardes en tono grave y eso. Pensé “buf, con este me parece que lo tengo super chungo”. Se cambiaron de ropa poniéndose el uniforme y se sentaron frente a mí.

–Ya me han dicho que eres un buen chaval, pero yo no me fío de lo que digan mis compañeros. Eso lo tengo que ver yo ¿Por qué estás preso? –me preguntó.

Contesté con evasivas.

–No, jefe. Yo estoy preventivo y en cualquier momento espero que me den la libertad –le aseguré. Lo cual, según se mire, era cierto. Ja, ja, ja.

Al momento conectamos, cosa que me pareció imposible tras mi primera impresión, y comenzamos una charla abierta. Decía que acaba de llegar de Rota. Yo le informé que allí conocía a un montón de gente y empecé a darle nombres de amigos: ¿Conoces a Fulano? Sí ¿Y a Mengano? Sí ¿Y a este otro? Sí, hombre. En el transcurso de la charla sacó un cartón de Winston americano y me pasó tres o cuatro paquetes. Más tarde, en palanca para que no se coscase el compañero suyo, al que llamaba Canario, me entró a ver si conocía al Tímoli, un preso que había estado en huelga de hambre antes que yo. Resulta que era amigo mío y le hablé de su mujer, del negocio que tenía en el casco viejo de la ciudad y demás historias. Y fue cuando me dio el toque:

–¿Tienes costo para fumar?

Yo no fumaba hachís, por eso no solía tener encima nada, pero le dije que no había ningún problema en colocarlo, sólo que tendría que hacer una llamada. Me autorizó y la hice corriendo. Eran sobre las cuatro.

–Oye Romi, ponte en contacto con José y me traéis lo siguiente: mil duros de costo, medio de coca y otro medio gramo de jaco –le susurré bajito para que no se quedase el Canario, porque, según el de Rota, era un chivato. Después me volví hacia el policía–: Tranqui, que nos vamos a poner hasta arriba de todo –le dije–. ¿Te hace la coca o el caballo?

–A mí me hace todo –decía–. Si yo no he traído de Rota es porque no me dio tiempo a hacerme un rollo que ya tenía preparado.

Una hora más tarde llegaron mi piba y José y se colocaron al lado de la cama.

–¿Qué, habéis traído todo lo que os he pedido?

José me picó sema de que si y yo le hice una seña al mono para que mandase al Canario a algún recado. Se fue a la cafetería a comprar no se qué hostias. Dije a José que sacara el consumado y mi colega se cortaba. Ponía caras raras mirando al madero de reojo.

–Tranqui, que es de confianza –le hablé en voz alta.

Me dio un tocho de hachís y las dos papelas. Cogí el costo y se lo lancé al mono.

–Toma, esto para ti.

Había unos veinticinco gramos y el tío se puso rojo.

–No hombre, si con un trozo me vale –hacía como que protestaba.

–Qué va tío, si yo no fumo. Eso te lo regalo –le dije.

Abrí las papelinas y con una navajilla del colega eché un poco de coca y jaco en un papel.

–¿Tú te pones? –le pregunté.

–Sí, sí.

–Venga ya –le contesté, porque yo sabía que no se ponía.

–Pero ¿qué...? –pareció que iba a preguntar mientras hacía un gesto con las manos como para rebelarse.

Le di media estocada en el pecho, dos dedos por encima de su tetilla derecha. Al sentirse tocado puso cara de como no creérselo y se escondió a la carrera detrás del Centro. Yo, para no dejar la puerta del Centro, no le perseguí y él acabó metiéndose en la cocina. Manolo bajó justo en ese momento, pues alguien le había avisado de lo que pasaba. Le expliqué la situación y se fue por el jefe de servicios. El tío se había encerrado, pero acabó saliendo ante los gritos de hueca[14] que daba un carcelero al que Castillo le había colocado en el cuello un cuchillo de cuarenta centímetros.

–José, abre que me matan –gemía el funcionario.

El jefe asomó finalmente la cabeza por la puerta y le metimos también en el Centro. Ya teníamos allí a siete, pero Manolo se marchó de nuevo por el guardia de talleres. En el viaje anterior, al tener que bajar precipitadamente ante la evolución de los acontecimientos, no le pudo traer. Pero esta vez sí lo capturó, aunque se olvidó de las cuerdas. Optamos por pedirle a un compañero que nos las echara desde el primer piso. Me di cuneta de que todas estas maniobras estaban siendo observadas desde una ventanilla del rastrillo por varios carceleros. Así que les obligué a cerrar la mirilla con un gesto amenazadoramente expresivo.

Restablecido el control de la situación, mandamos a los carceleros que se ataran unos a otros. Así lo hicieron resignadamente y, por nuestra parte, nos limitamos a amarrar al último de ellos. Tras asegurarnos de que estaban bien sujetos, manolo cogió a uno y se lo llevó al punto donde pensábamos emplazarnos. Era un lugar en el tercer piso de la bóveda del Centro. Antes de seguir adelante convine que aclare que en este piso no había celdas ni galerías, sólo un par de pequeños almacenes, además de un pasillo circular alrededor del Centro. Y, en el medio, un vacío de unos diez o doce metros de altura. Era realmente inexpugnable, imposible de asaltar sin que antes no nos diera tiempo de liquidar a nuestros rehenes.

Manolo se subió a esta atalaya con un guardia y, tras pasarle una cuerda por el cuello, la sujetó a su vez a la barandilla. Le obligó a cruzar los pies y, después de amarrárselos, reforzó por último las ataduras de las manos. Una vez que hubo concluido la operación con el primero de los guardianes, me pidió que le mandase otro funcionario, con el que volvió a repetir toda la ceremonia de las ataduras. Y así sucesivamente hasta el último, con el que subí yo. Me había agenciado dos walkys[15] y, acabada toda la operación, llamamos al rastrillo. Serían más o menos las cinco de la tarde. A partir de ahí daba comienzo el baile psicológico.

El primer contacto se hizo con otro jefe de servicios apodado El pistolero. El peso de la negociación lo llevé yo casi en exclusiva. Manolo sólo intervino en alguna que otra ocasión para llamarles hijos de puta o algo por el estilo.

–¿Con quién hablo? –me preguntó El pistolero.

–No importa con quien hablas –le contesté–. Lo que importa es que nos escuches bien y, sobre todo, que nos hagas caso.

–Y bien ¿qué pretendéis?

–De momento te paso con un compañero tuyo para que te explique la situación. Pero id avisando al gobernador civil de la provincia. Te pongo con el jefe de servicios José

14. *Cobarde.*

15. *Radiorreceptor y transmisor.*

nos hubieran perseguido tan ferozmente como lo hicieron luego. Pero las circunstancias mandaban y, para bien o para mal, teníamos que tomar una decisión. Y lo hicimos. Habíamos hablado tanto de cómo lo haríamos en caso de ser necesario para no caer en el error de oros secuestros anteriores que, cuando entramos esa tarde en el taller, tan sólo nos miramos una vez.

–¿Estás preparado? –le pregunté mientras tomábamos un café.

–Sí. ¿Y tú? –me inquirió a su vez.

–Por supuesto. Vamos a por él –le contesté convencido mientras apuntaba al carcelero. Sin más dilaciones nos fuimos por el carcelero que andaba por el taller. Lo alcanzamos, le pusimos el cuchillo al cuello y lo metimos en su oficina, en donde lo amarramos en el suelo con un cabo de coser balones. Los pies atados al cuello y las manos a la espalda. Allí quedó totalmente inutilizado. A continuación bajamos al Centro y nos hicimos con el jefe y otros tres carceleros. A los cuatro los sorprendimos mientras estaban en charla. Cuando nos plantamos ante ellos cuchillo en mano se quedaron estupefactos, con sonrisa de gilipollas.

–Como se mueva alguien, empiezo a repartir puñaladas –les amenacé–. Así que quietecitos en la silla.

–Pero, Carlos, ¿qué pasa? –me dijo el jefe de Centro. Se llamaba Jesús y yo le conocía de Daroca–. Vamos a hablar, hombre.

–No hay nada que hablar. Y lo que pasa, ya lo ves. Quietecitos, que no tenga que correr la sangre antes de lo previsto –le espeté sin contemplaciones. Después me dirigí a manolo y le dije que les controlara, que yo me iba a la cocina por cuchillos grandes.

–Sí, pero no pierdas tiempo –me metió prisa.

Le aseguré que volvería rápidamente y, dirigiéndome al carcelero, le dije:

–Venga, dame la llave de la cocina.

En un abrir y cerrar ojos había alcanzado mi objetivo y tenía el cuchillo puesto en el cuello del cabo de cocina[13].

–Rápido, perra, ¿adónde están los cuchillos?

Pálido y sin habla, el cabo me señaló un cajón. Me abalancé hacia donde me indicaba y escogí cinco. Tres tendrían entre quince y veinte centímetro de hoja y los otros dos, de cuarenta a cuarenta y cinco centímetros. Parecían espadas. Con ellos volví al Centro. Le di uno pequeño y otro grande a Manolo. Él marchó entonces a por el carcelero que había en el patio y lo trajo. Lo metimos en el Centro y se fue también a por el maestro. El Centro se iba poblando de nuevos inquilinos y mi compañero no cesaba su actividad de reclutar más rehenes.

–Voy por el carcelero que tenemos empaquetado en el taller –me dijo.

–De acuerdo. Tira y, de paso, traes cabos de balones para amarrar a éstos. Pero mientras Manolo estaba en el taller se abrió la puerta del rastrillo y entró, camino del Centro, el jefe de servicios. Yo tenía a los carceleros guardados en el interior ya hacía guardia por fuera para evitar disgustos, ya que todavía no estaban atados. La puerta del rastrillo quedaba a mi espalda y, cuando oí que se abría, gire avanzando hacia el jefe de servicios. Éste, para su desgracia, ni miraba al frente, sino a unos papeles que llevaba en la mano. Por ello no se dio cuenta de qué ocurría hasta que me hubo sobrepasado.

–Dirígete hacia el Centro –lo sorprendí, mientras procuraba que el cuchillo estuviese bien a la vista.

–Bueno, no. Pero es para invitar a alguna chavala y llevármela al huerto –decía.

Le di la papela.

–Mira, cuando venga tu colega el canario no podré hablar claro contigo. Por eso quiero que sepas que yo me pincho el caballo porque si no, no me hace nada –dije mientras le enseñaba la jeringuilla–. Más tarde te doy el toque para ir al servicio y me pongo allí el chute, ¿vale?

O sea, que estaba todo listo: la cuerda en su sitio, la ventana desclavada, José con la moto a mí disposición y el mono de acuerdo conmigo para ir al baño sólo con él. Dije a mi piba que iba a hacérmelo ya, que ella permaneciese en la habitación porque luego los monos irían a su casa a molestar a su familia y se quedarían los vecinos con el rollo. También le pedí que comunicara a José que cuando le mandase a por pasteles me esperase con la Bultaco de motocross en la puerta. Y así fue.

–José ¿por qué no te enrollas y vas a por unos pasteles? –le pasé la señal–. Nos traes una docena y media y unos zumos con vasos de plástico.

Se marchó y, de inmediato, le comenté a Romi:

–¡Ah! Se me ha olvidado decirle que traiga un paquete de tabaco negro. Alcánzalo y díselo.

Ella salió lanzada y le transmitió el mensaje en el mismo pasillo. Cinco minutos después pedí al madero ir al servicio. Al levantarme de la cama le apreté la rodilla para que se diese cuenta. Él se puso de pie y el canario hizo lo mismo, pero cuando iba a salir el de Rota lo abordó:

–Tú quédate aquí con su novia que ya le acompaño yo.

Cogió la metralleta y, encañonándome a la espalda, me dijo con seriedad:

–Vamos, tira para el váter.

Ya en el servicio le comenté que me iba a chutar y que iba a cerrar la puerta por si llegaba alguien para que no me pillara.

–¿Pero qué pasa colega? Parece mentira, no tienes que darme explicaciones –me sorprendió él–. Eso sí, ten mucho cuidado, no vaya a pasarte algo.

Cerré la puerta, me subí al inodoro y, abriendo la ventana, saqué la mano tanteando en busca de la cuerda. La toqué y me do la risa. Empecé a sentir una cosa muy rara en el estómago que me subía hasta el cerebro. Era adrenalina pura. Cogí la cuerda y la até rápidamente al radiador que estaba fuertemente sujeto a la pared. Me colgué de la repisa, ya por fuera, y, sujetándome a la cuerda, quise bajar. Pero notaba que me resbalaban las manos. La cuerda era muy fina. Pensé en hacerle unos nudos, pero no había tiempo, aunque donde estaba colgado no podía verme nadie, pues daba a un jardín trasero y además me tapaba el muro del hospital. Enrosqué la cuerda en la mano derecha y me dejé caer agarrándome con la izquierda. Me patiné y me quemé las dos manos. Sujeté fuerte y paré la caída. Volví a aflojar y me deslicé hasta la ventana de la primera planta. Allí tomé un pequeño descanso y, como tenía las manos en carne viva, casi despellejadas hasta el hueso, decidí saltar hasta el jardín, unos cinco o seis metros más abajo. Caí al suelo sin hacerme daño y corrí, así como estaba, en zapatillas y pijama, hasta la puerta principal. Iba pegado al edificio, porque supuse que el madero, por el calor que hacía, estaría en la ventana tomando aire. Cuando llegué a la puerta me mosqueé un montón porque allí no había ni moto, ni José, ni nada. Además estaba quemado por la carrera, pues aún andaba flojo debido a la huelga de hambre. Al principio me quedé desconcertado, pero pensé que estaría arrancando la moto. Salí un poco hacia la carretera y lo vi a unos cuarenta metros empujando la moto e intentando arrancarla. Llegué a su altura y lo aparté de la

máquina, que echaba un pestazo a gasolina de la hostia. La tenía super ahogada. Gracias a que entiendo de motos pude solucionar el problema.

–Empuja fuerte –apremié a José al tiempo que cerraba los pasos de la gasolina.

Le dimos los dos caña y, cuando cogió velocidad, agarre el embrague, metí segunda y me tiré sobre el sillín con fuerza a la vez que soltaba el embrague. La moto empezó a ronronear, quemando la gasolina que tenía en el cilindro, hasta que rugió con más potencia y el motor se puso en marcha. Pegué dos acelerones y abrí el paso del combustible.

–¡Sube! –le grité con todas mis fuerzas.

En ese instante sentí que el corazón bombeaba alegría a todo mi cuerpo.

–Ya no nos cogen, colega –le dije convencido y feliz.

Salimos disparados de allí. Tomé la dirección de Txurdinaga y me metí en casa de un amigo.

–Ésta es la historia. Ahora le toca a otro.

a la perfección.

Para mediados del mes de octubre ya teníamos todos los problemas solucionados, especialmente en lo referido al material mecánico y humano. Ahora sólo nos quedaba esperar al momento más adecuado que, según nuestros cálculos, sería a finales de diciembre o primeros de enero.

Sin embargo, en el mes de noviembre se produjo un secuestro en la prisión de Huesca. Lo protagonizó El Pirla, el cuñado de El Gorreto, que había entrado un mes y medio antes por matar en un atraco a un madero retirado. El Pirla trabajaba en el taller de balones, anexo al de Varios, en donde yo tenía instalado mi caballete y pinturas de óleo. Empezó secuestrando al carcelero del taller de balones, se pasó a nuestro taller cogiendo al carcelero-monitor y allí se quedó encerrado en solitario pidiendo diez gramos de heroína, diez de cocaína y una jeringuilla. Pero en cuestión de dos horas le redujeron y le partieron la boca. En la prensa todo eran felicitaciones y elogios para el director y la plantilla de carceleros. Los elogios les llovían desde todos los sitios: el gobernador civil, la Dirección General de Prisiones, anónimos ciudadanos honrados, yo qué sé... Todos ponían de relieve la resulta labor de los funcionarios al inutilizar al secuestrador sin la ayuda de las Fuerzas del Orden Público.

A mí todo eso me dio mucho asco, como es normal. En el patio se hacían todo tipo de comentarios. Manolo y yo también hablamos del tema y una vez más conectamos en nuestras ideas. Los dos teníamos claro que en el caso de hacer un secuestro sería para evadirnos o morir matando. Comentamos un caso reciente dado en Alemania en el que cuatro presos se habían fugado mostrando firmeza en su decisión de matar. Está claro que aquellos que demuestran estar dispuestos a utilizar la violencia hasta el final son los que encuentran puerta. Otra cosa es que, una vez fuera, les vuelen la cabeza... Yo soy de los que dicen que las cosas hay que hacerlas bien y luego tener suerte para que resulten.

Después del secuestro de El Pirla estuvimos una semana entera aguantando el rollo de los carceleros que se regodeaban de su buen hacer. Y fue justo a los 10 días del secuestro cuando al salir del taller nos enteramos de que había llegado en conducción un tipo que se había chivado, en esta misma prisión, de un plan de fuga de Manolo. Como es lógico, éste le quería matar.

–Carlos –me dijo con un brillo especial en los ojos–, han traído a la perra esa.

–¿Qué piensas hacer? –le pregunté.

–Bueno, yo tengo un compromiso contigo y si tú me pides que pase de él, pasaré. Pero en principio quiero ir a por esa perra y quitarle la vida.

No me lo pensé mucho. En el fondo yo iba loco por la música, quería actuar de una puta vez y me pareció que esa era una buena excusa.

–Yo no pienso pedirte que pases de meterle, pero ya sabes lo que hay. Tendremos que jugárnosla por la puerta e ir a por todas. Si las cosas se complican, hay que matar a todos los que podamos pillar antes de que caigamos nosotros, ¿de acuerdo? –emplacé a mi colega.

–Vale –asintió Castillo–. Esta tarde empezamos la fiesta en el taller.

Y así fue como tomamos la decisión. No necesitábamos muchas palabras para entendernos, ni hacer demasiados preparativos para nuestra actuación. Todo había quedado dicho en nuestras anteriores charlas. Pero era una pena que con la llegada del chivatón ese nos viéramos obligados a actuar a la buena de Dios, desechando la bonita fuga que teníamos prepara: sin bronca, en el silencio de la noche y, con un poco de suerte, sin que se dieran cuenta de que nos habíamos marchado hasta la hora del recuento. No

–No –le contesté–. Por ese nombre, no conozco a nadie. Pero lo cierto es que llevo aquí poco tiempo y no me relaciono con todo quisqui.

–Te lo pregunto porque creo que anda por aquí un paisano mío con ese apellido. Pero no se si es Manolo o su primo Enrique –me comentó de pasada–. De todas formas, ya me enteraré.

El Gorreto estaba preventivo y debía volver a su patio, así que nos despedimos. Al día siguiente nos volvimos a ver y me dijo que había encontrado al tal Castillo. Estaba en la zona de la cafetería y me lo señaló. Tenía treinta y tanto de años, pelo largo y una barba que parecía que no se había cortado en la vida. Era de tez morena y, así a primera vista, le calculé unos setenta de estatura. Poco a poco fui exponiendo mi idea a El Gorreto sin entrar en detalles, pero dejando que él pudiera adivinarla.

A los 10 o 12 días de su llegada, El Gorreto fue puesto en libertad. Se marchó sin despedirse y como yo necesitaba saber su dirección, me fui a hablar con el tal Castillo, que era quien más se había movido con él en prisión. Hasta ese momento yo no había cruzado palabra con Castillo, así que me presenté y le dije se le había dejado algún recado El Gorreto para mí.

–No –me respondió mientras me observaba detenidamente–. Vino a despedirse, pero no me dejó recado alguno.

–¿Tú tienes su dirección aquí en Huesca? –le pregunté directamente–. Es que necesito ponerme en contacto con él.

–No me la dejó, pero quedó en que me escribía –dijo Castillo ya en tono más confiado–. Por cierto, ¿Qué te parece si hablamos un momento mientras tomamos un café?

–De acuerdo –acepté no sin cierta sensación de intriga por lo que me tuviera que decir.

Nos acercamos a la cafetería, pedimos un par de dobles y, en cuanto nos los sirvieron, cogimos los vasos de plástico y nos pusimos a pasear.

–No se si te va a molestar lo que te diga, pero el tío ése, El Gorreto, es un bocazas –me sorprendió a bocajarro Castillo–. Me comentó el favor que le pediste.

–Explicáte –le pedí yo, ya con la mosca detrás de la oreja–. No entiendo lo que me quieres decir.

–Conozco a El Gorreto desde hace mucho tiempo –continuó–. Somos del mismo pueblo. El caso es que necesitaba un favor y, cuando se lo comenté, me dijo que era el segundo en pedírselo. Entonces fue cuando te señaló a ti.

A esas alturas yo estaba cantidad de rebotado, aunque procuraba ocultarlo. Por lo que, con toda la naturalidad de que fui capaz, le dije: “La verdad es que sigo sin entender a que favor te refieres... Como no te expliques mejor...”.

Ante mis evasivas, Castillo, cuyo nombre era Manolo, decidió entrar al grano y me detalló el favor que yo le había pedido a El Gorreto. Coincidió completamente con la realidad.

–Pero no te preocupes, Carlos –me tranquilizo Manolo Castillo–. Al ver que el bocazas que era el tío ese, me encargué de que El Gorreto ya no separara de mi y, de esta manera, traté de evitar que se lo contara a nadie más. Lo amarré hasta que se marchó en bola.

Puestas así las cosas, Manolo decidió poner sus cartas boca arriba. Me contó que sus ideas eran similares a las mías y que, si uníamos nuestros esfuerzos, podíamos alcanzar más fácilmente los objetivos ansiados por ambos. A partir de entonces, día a día, Manolo y yo fuimos uniéndonos más. Ambos teníamos las ideas muy claras y nos entendíamos

A cuchillo

–Le toca a Barrot –dijo el cuarto.

–Pues esto fue el 16 de octubre de 1990. Me lo hice con un cuchillo. Tenía un juicio de faltas por lesiones a dos municipales...

–¿Cuándo fue eso de los municipales? –preguntó el ocho.

–A ver, escuchad –terció el cuatro–. Va a ser mejor que no habléis ninguno porque ya sabemos que si empezamos a preguntar y a meter baza todos, vamos a acabar hablando de cualquier cosa. ¿Vale? Venga, dale caña Barrot.

–Bueno, sigo. Lo de los municipales sería en 1981 o 1982. El juicio era a las 11 de la mañana en el Juzgado número 3 de Elda. Salí del talego a las 9 aproximadamente, sin desayunar ni nada. Estuvimos allí dando bulla[2] para que nos trajeran un cafetito, pero nada. Me cachearon primero en el módulo, pasándome la raqueta, y en ingresos me dejaron en pelotas. También me parchearon los picoletos...

–¿Y cómo pasaste el cuchillo, tío? –preguntaron varios a la vez.

–Eso lo tenía yo hablado con el ordenanza[3] de ingresos para que me lo dejara en la cisterna del cuarto en donde te meten a esperar a la Guardia Civil. Así que no se comieron nada. Me lo metí en la bamba y los picoletos no se quedaron. Además, los carceleros les dijeron que ya me habían cacheado bien. En el cuarto de ingresos había otros tres tíos que iban a Elda conmigo. Me llamaron a mí primero. Fuera del cuarto había cuatro picoletos esperándome. Me engrilletaron atrás y me sacaron a la furgoneta. Era de esas verdes, una DKW creo, toda vieja, con los asientos de cuero. Me quedé allí solo y rápidamente me pasaron los grilletes por debajo de las piernas y con la llave que llevaba abrí uno de ellos. Saqué el cuchillo de la bamba y me lo coloqué en la manga izquierda. Bueno, en realidad era un punzón.

–Podías haber esperado un poco, ¿no? –le dijo el seis.

–Ya, pero yo lo hice porque los picoletos habían ido a buscar a los otros tres presos y no quería que vieran que tenía llave, porque si no iban a pedírmela y no quería descubrir mi jugada. Luego trajeron a los tres tíos estos, que, por cierto, eran conocidos míos de Elda. Finalmente salimos de la prisión. No llevábamos escolta ni nada, solamente iban los cuatro picos que entraron por nosotros, dos adelante y dos atrás.

En el camino ya me coloqué las manos delante y les dije a los otros que se callaran. Me preguntaron si tenía llave, pero aunque ya os digo que les conocía, les comenté que había pegado un tirón y se había soltado uno de los grilletes. Empezamos a hablar de unas cosas y de otros: que sí aparentaba muy fuerte, que si éste estaba aquí y el otro allí, lo de siempre. Uno me dijo que ahí en Elda lo tenía de puta madre para salir jalando. Ya sabéis cómo son éstos de asquerosos. Les dije que yo había cambiado mucho y tal, que llevaba siete años en la cárcel y quería currármela con buen comportamiento, ¿sabes, colega?

A la entrada del pueblo me iban diciendo cómo estaba la historia, porque yo hacía años que no pisaba por allí. Total, decían que había mucha policía, que los guindillas iban en Patrol, que las lumis habían cambiado de zona, tonterías... Bueno, ya llegábamos al Juzgado. Era nuevo y estuve fijándome en las calles que había alrededor, porque habían cambiado algunas. Entramos con el furgón por una especie de replaceta que está arriba

2. Montar escándalo.

3. Preso destinado a realizar los recados de los guardias.

del Juzgado, por la parte de atrás, y enfrente hay una iglesia que es por donde se entra, también por atrás...

–Quieto, quieto –le interrumpió el seis–. Espera. Me parece a mí que estás describiendo algo que conoces tú solo y que, de la manera como te explicas, vas a seguir conociéndolo tú en exclusiva.

–Vales, vale. Yo lo que quiero decir es que por la parte de arriba, que era por donde podía salir corriendo, vi cuando pasamos un guindilla apoyado en un 092[4] con un 38 al cinto.

El furgón paró finalmente justo frente a la entrada principal del Juzgado. Ibamos a bajar y me puse las manos atrás con el grillete de un lado sobrepuesto. O sea, cerrado por encima. Bajó primero uno de los que iban conmigo y nos quedamos allí chapados, esperando. Miré por las rejillas del furgón a ver si seguían en la parte de atrás el municipal y, correcto, allí seguía apoyado en el coche. Yo estaba en tensión para actuar ya.

El colega que había bajado primero volvió rápidamente porque se había suspendido el juicio. Al siguiente que llamaron fue a mí. Bajé. Iban tres picoletos conmigo y el otro se quedó en la furgoneta. Al pasar vi que en el otro lado de la calle había otro municipal. Es decir, uno estaba arriba de la calle y el otro, al final. Subí las escaleras y en la burda estaba un picoletto con una metralleta de esas pequeñas con el cargador largo.

–Una zeta –apuntó alguno.

–Pues una zeta, yo qué sé.

Entonces, cuando vi todo eso, me di cuenta de que lo tenía mal para salir por pies. Pasaba de ser un conejo alpino. La sala estaba por un pasillo recto, así como de aquí al muro. El sargento iba agarrándome de los grilletes que tenía a la espalda y los picoletos, uno de cada brazo. Como había que tirar fuerte del grillo para que se abriera, yo no tenía miedo de que se quedara el pico con ellos en la mano.

Cuando entré en la sala me detuve a contemplar el panorama: la fiscal estaba a mano izquierda, enfrente tenía a los tres jueces y a la derecha, a mi abogado. En cuanto al juicio en sí, se celebró rápido y me absolvieron. Cuando finalizó tuve que firmar el acta, y el machaca ese, ¿cómo se llama...?

–El ujier –señaló el cuatro.

–Ése, el ujier, me trajo los papeles a la barra de separación que había delante de mí. El sargento me ordenó que me levantara, pero yo me negué: “No, no. Antes de firmar, que me lo lea. Yo soy analfabeto”. El machaca se puso a leer. Entonces le metí con el antebrazo en el pecho, salté la barrera y cogí a la fiscal saltando por encima de su mesa. Esto fue muy rápido. Enseñando el punzón les dije que como se les ocurriera moverse los mataba a todos, que tiraran las armas los picos y marcharan para afuera. Primero vi que los municipales salían escopetados. Éstos eran los que me habían acusado en el juicio. Los tíos estaban vestidos de uniforme y todo. Al sargento le había dado un shock de ésos que no sabía ni lo qué hacer y, en cuanto al de atrás, semejaba helado. Salieron los dos, pero sin tirar los fuscos. Miré alrededor y allí sólo quedábamos la fiscal y yo, además del presidente y dos abogados que estaban entre el público. Todos los demás habían volado por las dos puertas: la de la entrada y la de detrás de los jueces.

El juez estaba pálido, inmovilizado, la puerta de salida la habían cerrado. El ujier permanecía en el suelo desmayado y echando babas por la boca.

Entonces me vuelvo y le digo al juez: “Mira, yo lo que quiero es irme. Tengo treinta

Desde Huesca, con rehenes

–Por mi parte voy a intentar detallar mi peripecia todo lo que pueda para que os situéis bien –comenzó el ocho–. Bueno, la prisión de Huesca había servido de puente de tránsito en varias conducciones Madrid-Barça, Barça-Madrid. Quiero decir con ello que ya la conocía cuando en la cárcel de Zamora me dijeron que era mi destino de cumplimiento. Inmediatamente intuí que por su estructura arquitectónica, de corte antiguo, tendría muchas posibilidades de recuperar mi libertad.

Llegué a Huesca bien avanzado el mes de abril de 1991. Pero a los 15 días me trasladaron a Logroño y retorné de nuevo a Huesca en julio, justo a tiempo de cumplir los 28 años. Era el decimosegundo cumpleaños que celebraba en prisión y, a fuerza de costumbre, ya ni me inmutaba. Emboté mi cerebro con un montón de porros y, como los once anteriores años, la fecha pasó sin pena ni gloria.

La manera cómo debía evadirme de la cárcel de Huesca era tan evidente y sencilla que no desperdicié ningún esfuerzo en darle más vueltas. Por lo tanto, concentré todas mis energías en proporcionarme los medios para preparar la fuga. De entrada, me marqué un plazo de cinco meses para llevarla a cabo. El día 31 de diciembre era la fecha límite para intentar alcanzar la libertad.

Cuando en julio volví a Huesca, pasé a compartir celda con Pepe, un viejo conocido de mi barrio. Pepe es de los buenos. Ya en 1981 se marchó a punta de pistola de la Modelo y, tras ser detenido seis meses después, lo volvió a intentar de idéntica forma, cayendo gravemente herido en el exterior con dos tiros de Cetme. Para no comprometerle, no le comenté nada sobre la fuga, que supongo le pillaría totalmente de sorpresa. Espero y deseo que mi huida no le haya causado ningún perjuicio.

Los meses iban pasando y yo no encontraba la forma de solucionar el problema material para preparar la evasión. Consulté, exploré ganas y disposiciones, y nada. La gente habla mucho, se carga de compromisos y, cuando llega el momento de asumirlos, se deshacen como la mantequilla junto al fuego.

–Mira, el poeta –bromeé el diez.

–Calla, no me interrumpas. Prosigo. A esa gente a la que me refería hay que evitarla por todos los medios.

De esa manera estaban las cosas cuando en el mes de agosto detienen en Huesca a El Gorreto, enganchado y con un brazo roto. Yo había conocido a ese tipo en la prisión de Logroño, así que cuando oí su nombre por los altavoces fui en su busca para charlar un rato. Le pregunté por mis amigos comunes y é me habló de su salida en libertad un año antes. Había deambulado por Cataluña y Aragón a caballo entre la casa de unos parientes en Zaragoza y la de la madre de su chica en Huesca. Al oír esto último el cerebro me chispeó y, como quien no quiere la cosa, le comenté si con ello quería decir que estaba viviendo en Huesca.

–Sí –contestó–. Mi compañera es la hermana de El Pirla. Sus padres me aceptaron en su casa sin ningún problema. La madre es una abogada famosa en esta ciudad.

El Gorreto me comentó también que tanto él como su chica estaban enganchados a la mierda, pero que tenían el firme propósito de dejarlo. “El firme propósito de dejarlo” es, como bien sabéis, la frase más recurrida del 95% de los yonkis. Así que aproveche toda la información y pasamos a otro tema.

–Carlos ¿tu conoces a un tal Castillo? –me preguntó.

carreteras y otras cosillas normales en un joven que hace la mili y está de permiso. Ésta es mi intención. Juan pasa de llevar equipaje. Quiere ir ligero.

Salimos del camarote escaleras arriba. Me siento muy raro; es como si fuera la primera vez que puedo andar sin límites, como si nunca hubiera sido libre. Pero vamos tranquilos. Desembocamos en el garaje y, en contacto con la gente, me emociono como un flan. Todo tipo de sensaciones nos recorren por dentro a ráfagas. Preguntamos a una pareja por la salida y nos indican una escalera. Las subimos mezclados con los otros viajeros y llegamos a la zona de desembarque, en donde está situada la recepción que dirige una rubia preciosa. Ahora la tensión es enorme. Me siento el centro de atención de todas las miradas. Enfrente a mí, Juan, entre un grupo de pasajeros, espera acontecimientos con la misma impaciencia que yo. Le observo y veo que pide a una muchacha que hay a su lado un trago de una botella de agua.

Por fin bajan la pasarela. Empalma con otro puente que conduce directamente a la aduana. Dicen por megafonía que aún no se puede salir. Entonces aparece súbitamente un grupo de cinco o seis guardias civiles que vienen caminando deprisa por la pasarela en dirección hacia nosotros. No me muevo ni un milímetro, ni hago gesto alguno a Juan, que me imagino siente lo mismo que yo. Entran en el barco y pasan de largo a nuestro lado, dirigiéndose a la recepción. Por los altavoces nos indican que ya se puede salir. Juntos enfilamos hacia el puente, al final del cual un guardia civil se entretiene cacheando una maleta mientras otro solicita la documentación a un par de pasajeros. Lo tenemos estudiado. Si nos piden la documentación, Juan se encarga de ponerle el cuchillo al cuello y yo de desarmarlo, para forzar la salida con un rehén.

El puerto está plagado de picoles. He contado seis que han entrado en el barco, otros tres en el garaje del barco que supuestamente tienen que entrar a recogerlos y los dos al final del puente, que continúan cacheando maletas. Les sobrepasamos y, para nuestro alivio, nadie nos dice nada. Cruzamos la zona y bajamos por una escalera que termina en una sala grande con un gran mostrador, en donde la gente coloca las bolsas y maletas para que dos guardias civiles las registren. Juan cruza delante de mí. Como no lleva equipaje nadie le detiene y se encamina hacia la salida. Yo voy a seguir sus pasos cuando un guardia civil me llama y me dice en tono amable: “Por favor, la bolsa”. Observo cómo Juan se ha parado y se ha colocado a su espalda, al otro lado del mostrador, listo para entrar en acción si surgen problemas. “Ah, sí –le digo–. Usted perdona”. Coloco la bolsa encima del mostrador y el guardia civil la cachea por encima. Cuando comprueba que no llevo nada ilegal, la marca con una cruz de tiza y me la entrega con un amable “gracias señor”. No me quedo atrás en los cumplidos y le respondo con un cortés “de nada”. Así que cojo la bolsa y me dirijo decidido a la rue, a la salida, a la libertad... Fin de la historia.

–Joder, eres un monstruo del histrionismo –dijo el ocho–. Es que lo estaba viviendo.

–Lo ha contado bien –opinó el cuatro–. Por eso no he intervenido para nada.

–Bueno, yo creo que al narrar él solo la historia se pierde una parte importante de la misma, que son tus propias sensaciones, tus impresiones personales... –intervino el seis–. Pero, si os habéis dado cuenta, cada nuevo caso que contamos lo detallamos y alargamos más. Saldremos buenos oradores de aquí. Y falta nos va a hacer para comerle el coco a la gente... Ahora ya sólo quedas tú, Carlitos. Así que venga, dale.

años de condena y prefiero morir antes que volver allí. No me importa mi vida, así que tú veras”. El tío me contesta nervioso: “Tranquilo, Barrot, tranquilo, que te vas a ir, que te vas a ir tranquilo”. La fiscal, que estaba temblando, le suplicaba: “Por favor, Pepe, por favor”. Le indiqué al juez que me abriera el camino. Yo sabía que la Guardia Civil estaría detrás de las puertas y quería alguien con quien cubrirme. Así que le emplacé a que hiciera los trámites con la Guardia Civil para que me dejara pasar, si no asesinaba a la fiscal.

El tío salió de la sala para hablar con los picoletos. El juez me quería dar paso libre, pero los picos no le hacían caso. Al final, ya casi fuera de sí, les gritó “váyanse” y ellos accedieron a irse a la calle. Entró el juez y me dijo que ya tenía vía libre. Pero en vez de salir por la puerta del público, le dije a un abogado que había allí: “Levántate, abre la puerta y asómate a ver quién hay”. Le usé de cebo por si acaso. Yo me puse detrás de la puerta mientras el abogado la abría. Accedí al pasillo con la fiscal y observé que estaba vacío. El juez también salió al pasillo, pero por la otra puerta. Intenté alcanzar la calle y vi por una cristalera que estaba empetada de gente. Cuando me arrimé, todos desaparecieron corriendo de estampida. Abrí la puerta de la calle y otra vez se asomó la gente. Me volví y les dije que al que se moviera, volvía y le asesinaba, el juez ya había alcanzado el exterior. Como desde la cristalera se ve todo el frente de la calle, me asomé y vi que no había ni dios. Entonces abrí la puerta un poco y el juez me dijo que en la parte izquierda estaba también llena de gente. Yo oía los murmullos del personal, pero justo cuando abrí se hizo un silencio de muerte. Eso me mosqueó. Yo iba cubierto con la tía y el juez me iba abriendo paso. Pero el silencio me hizo encogerme y cubrirme más todavía.

Ahora resultaba que la Julia de la fiscal quería quitarse la toga para llegar a la calle sin ella. Le dije que saliera con ella o la metía. La tía se achantó. El juez, por su parte, estaba debajo de las escaleras esperándome. Pero había una zona en la que, tras abrir la puerta, no se veía nada. Además, al avanzar un poquito, pude ver a través del pelo de la tía que el sargento de la Guardia Civil me estaba apuntando con su pistola para volarme la cabeza. “Si no se quita el hijo de puta ese de ahí la mato”, grité con todas mis fuerzas. El juez flipó, porque no se había dado cuenta, y aparentó estar realmente asustado. Tanto, que le pegó un manotazo al sargento en el brazo mientras le chillaba “váyase de aquí”. El sargento desistió y pasó de todo al ver que el juez se hacía responsable. Yo, al percatarme de ello, tiré otra vez con la fiscal para dentro. Me puse en el rincón de la pared, justo a la entrada. La lado había una escalera y dos ascensores. Entonces veo que un ascensor sube para donde yo estaba. Me cubrí con la fiscal esperando, pero siguió para arriba. Yo sabía que allí había gato encerrado. Frente a los ascensores había una puerta. Me asomé por ella y vi dos zetas [5] de los nacionales y dos de los municipales.

Mientras esperaba acontecimientos observé cómo un municipal bajaba de puntillas con la pistola en la mano para cogerme por la espalda. Me coloqué de frente y se lo solté sin más: “Mira, si das otros dos pasos le estoy dando puñaladas a la tía hasta que le saque el cuchillo por el cerebro.” El municipal ni me habló, se dio la vuelta y se fue. A los dos o tres segundos vi bajar otra vez el ascensor, pero pasó mi piso y se paró en el sótano. Cogí a la fiscal y me puse de frente a la puerta de cristales. Había fuera nacionales, municipales, guardias civiles, una ambulancia con la luz dada, secretas, de todo tipo.

Me mosqueo y se lo digo a la fiscal: “Mira, esto es lo que hay: yo no pienso matarte,

pero tenlo claro: como no abran paso, tú y yo morimos. Yo sólo quiero la libertad”. Ella gemía: “¡Ah! que me desmayo”. Le digo: “Cómo te desmayes, te paso el cuchillo de ‘lao a lao’. Como te desmayes, ya no te despiertas más”. ¿Sabéis lo qué me decía la tía entonces? Decía: “No, no, que no me desmayo, que no me desmayo”. Y se ponía tiesa como un palo. Yo ya lo veía todo más negro que blanco. Pero en ese momento cruzaron la puerta el juez, el comisario jefe y el comandante de la Guardia Civil. El madero se llamaba Benito. Me dirigí a él voceando con cara de sádico: “No deis un paso más, Benito, que la asesino”. El tal Benito se detuvo y se dirigió a mí: “No, no. Tranquilo que venimos a hablar contigo, que no tengo armas. Mira, mira. Sólo queremos saber lo que quieres, tranquilo”. El de la Guardia Civil me preguntaba si quería un coche. Yo les contesté que me estaba esperando un coche tres esquinas más abajo con dos colegas y un 38. Los tíos querían hablar y ésa era la baza que me quedaba. Agarré por lo pelos a la fiscal y le puse el cuchillo en el cuello, apretando. Ella se quejaba: “Ay, ay”. Y les amenazó: “Un minuto más y si veo un madero en la puerta de atrás o de adelante, la asesino”. Salieron y al momento volvió el juez. Decía gimoteando: “Por favor, no le hagas nada. Por favor, que ya se va la policía. Te lo juro. No le hagas nada que te vas a ir, que te vas a ir. Es más voy yo contigo”. Me volví a asomar por las cristaleras y vi que las setas se marchaban. Me arrimo al juez y observo cómo efectivamente se están yendo todos los maderos y también los secretas, que los semaba a todos. Así que me decidí a salir. Lo hice con mucho cuidado, apretando a la tía bien fuerte contra mí. La llevaba en volandas para poder moverme yo más ágilmente. Al juez le hice ponerse cubriendo la zona peligrosa de la escalera y bajé. Empecé a caminar por la calle y había allí por lo menos trescientas personas. El juez seguía delante de mí. Pasé a la gente, no entre ellos, sino por la otra acera. Pero la gente venía siguiéndome. Oí una voz que decía “ese Barrot” y me puse en tensión. Me pegué a un coche, esperando algo. Pero cuando dijo “qué huevos tienes”, ya me di cuenta de que era un conocido. Seguí andando por la calle en dirección a un semáforo que había, más o menos, a cien metros del Juzgado. Vi un semáforo que daba a dos esquinas que estaba en rojo y a cuatro coches que se paraban en él. Le grité al juez: “Di a la gente que se eche para atrás”. Me refería, claro, a la gente que me iba siguiendo. Cuando el juez retrocedió para hablarle a la gente, yo aproveché para salir corriendo con la fiscal a cuestras hacia el último coche. Había una tía dentro oyendo música y que no se había quedado con nada. Tenía la ventanilla abierta y le encalomé el jarrón en el cuello. Le dije: “Baja o te asesino. Y deja las llaves puestas”. La tía salió del coche y se fue corriendo. Me monté, sin meter a la fiscal, ala que tenía cogida con una mano del cuello, mientras que con la otra probaba las marchas porque yo no conocía aquel modelo de coche ese. Pero al meter la primera y ver que entraba, solté a la fiscal y le dije: “Para que veas que tengo palabra de hombre”. Lo cierto es que la tía me había dicho muchas veces que la soltara. Finalmente cerré la puerta y salí derrapando. Recuerdo que lo último que me gritó ella, justo cuando arrancaba, es que tuviera mucha suerte.

Callejeé con el coche seis o siete manzanas y lo abandoné después. Yo sospechaba que los picoletos estaban bloqueando las salidas del pueblo. Eso, hijo. Como conozco el pueblo de punta a rabo fui pateando por las calles y me perdí rápidamente. Salí del pueblo por el monte y estuve en un escondrijo a unos trescientos metros del pueblo hasta la noche. Luego anduve hasta Sax. Allí conozco a gente, me asistieron con dinero y desde ahí ya me fui a Alicante. Y después, a Córdoba...

–Vale, vale, eso es ya otra historia... –dijo el cuatro–. Habíamos quedado en que sólo de la última pira. Ahora creo que le toca a Juanjo. ¿O no?

de robarle el dinero que tenía. Juan le hace un interrogatorio sobre el paradero de las armas y nos dice que éstas las guardaban en otro camarote que tienen arriba.

Entonces, voy junto a los otros presos y les ofrezco evadirse con nosotros. El gabacho me dice que le queda poca condena y el colombiano, algo parecido. Les doy tabaco y fuego y me vuelvo con mi prisionero de guerra. Son las seis de la tarde más o menos. Encontramos nuestros expedientes[12] por allí y nos entretenemos leyendo las burradas que ponen de nosotros. De paso, rompemos todas las fotos del expediente y gran parte del mismo. Estamos al acecho, esperando que llegue el otro picoleto para inmovilizarle. Estoy deseando que aparezca para encontrarme cara a cara con ese hijo de puta, pero el tiempo pasa. Ya son las ocho y me he fumado casi un paquete de tabaco en dos horas. Sólo quedan otro par de horas para llegar a Cádiz. Como el otro sigue sin llegar, concluimos que se han dado cuenta de algo y que esperan a llegar a puerto para montar alguna movida. Pero estábamos en ésas cuando justo en ese momento se abre la puerta, asoma el cabrón aquel y, sin dudarle un instante, nos lanzamos sobre la presa como lobos: yo, a las manos para que no pueda utilizar la pistola y Juan, al cuello. El tipo apenas ofrece resistencia. Le cacheo y tampoco éste lleva armas. Le ponemos los grilletes y le meto en la celda que ocupaba yo, después de sacar al colombiano y chaparlo con el francés. Me hubiera gustado matarle, pero resulta que no es más que un pobre diablo cobarde que ya ha perdido de forma acelerada toda su arrogancia. Pero, mal que bien, aún le queda un leve resto de entereza para dirigirse a nosotros: “Tengo una propuesta que haceros: mirad, me soltáis, os vuelvo a meter en la celda y no pasa nada”. Es Juan quien le contesta contundente: “Achanta, julandrón, que al final vas a pillar”.

Llevamos al piccolo joven también a la celda y le esposamos junto al cabo, que tiene cara de héroe derrotado. Ahora es nuestro prisionero y comprendemos lo fácil que es abusar de un tío esposado e indefenso. Ellos, creo que por primera vez, también se dan cuenta. Su vida está en nuestras manos y, la verdad, en esas circunstancias es más difícil no abusar que hacerlo, pero pasamos de ellos. Juan interroga al cerdo del cabo acerca de las armas y nos dicen que están en el camarote 77, arriba en la segunda planta, y que las llaves no las tienen ellos, sino la chica de la recepción, que es la encargada de controlar todas las llaves. Le quitamos también el dinero al monstruo. Ya tenemos en total 30.000 pesetas. El joven nos dice que le dejemos algo de dinero para pagar el viaje de vuelta. Como se había enrollado con las coca-colas le devolvemos 1.000 duros. Al otro, ni agua. Repartimos el dinero por lo que pueda pasar, 13.000 para Juan y 12.000 para mí. Dentro de poco el barco atracará en el muelle, así que ideamos sobre la marcha la estrategia a seguir: saldremos por la pasarela, mezclados con los pasajeros, y cruzaremos la aduana. Así de simple. Cuando más sencillo, mejor.

Me meto en el cuarto de baño y me afeito tranquilamente mientras Juan se ducha. Me visto con un pantalón azul oscuro de tergal, una camisa a cuadros blancos y negros y una boina de marinero calzada militarmente. Me pongo también los zapatos del guardia civil jovencito, que hacen juego con mi traje de lobo de mar. Juan también se viste: pantalón vaquero verde, con una tira de sábana a modo de cinturón, camisa azul de manga larga, zapatillas deportivas blancas y gorra de béisbol para tapar su cabeza rapada. Hemos desistido de forzar el camarote y robar las armas por el riesgo que ello entraña.

A las nueve y media notamos un golpe en el barco. Estamos en Cádiz, atracando. Cojo una bolsa pequeña de deportes y dentro coloco un par de pantalones, un mapa general de

Se llevan las bandejas y noto que los picoletos se han relajado, confiados por la pronta llegada al puerto. Le pregunto a Juan si lleva alguna libreta de alambre en los macutos, y me dice que sí, que la tiene en la celda. Entonces le explico mi plan: se trata de calentar el cuchillo y hacer un pequeño agujero en el ojo de buey del tigre y meter por él un alambre estirado e intentar abrir el pestillo de la trampilla, enganchándolo con la punta del alambre en forma de anzuelo. Necesitamos también una palanqueta, por lo que corto una parte de la escalera hueca de la litera. Corto los dos cuchillos que tenemos en cuatro trozos y meto tres en el tubo hueco para darle consistencia. El cuatro se lo paso a Juan.

La idea se realiza mejor de lo que pensábamos. Juan saca un enorme alambre del colchón y me lo enseña por el ojo de buey riéndose con cara de malvado. Calienta la punta del cuchillo y empieza a realizar el agujero. El colombiano está pálido con la frenética actividad que realizo a su alrededor, cortando hierros por todos lados. El francés, más realista, vigila el camarote de la Guardia Civil, en donde no hay señales de vida.

Nos ponemos manos a la obra. Le paso a Juan la palanqueta y pateo la puerta. Efectivamente, no hay nadie en el camarote. Se ve que están arriba en cubierta. Es nuestra oportunidad y entramos en acción. Juan ya ha abierto el orificio en el plástico y yo confío en su habilidad para lograr abrir el cerrojo, aunque no es fácil. Observo cómo se desliza el alambre y, a medida que se acerca a la puerta, crece mi felicidad y excitación. El alambre roza ya el pestillo y lo engancha. Desde mi ojo de buey lo veo moverse y se lo hago saber por señas. El alambre se suelta del pestillo, lo intenta de nuevo y así esta un rato, enganchándolo y soltándose hasta que por fin lo consigue.

Vamos los dos a la puerta. Juan mete la mano por la ranura y abre mi ventanilla, luego mete la palanqueta en el candado de su puerta y, finalmente, agarrando cada uno por un extremo de la palanqueta forzamos el candado. Paramos un momento y me voy al ojo de buey del tigre desde donde veo que el candado está doblado, lo cual indica que de un momento a otro se romperá. En cualquier instante puede abrirse la puerta de enfrente y parecer los picoletos. Sudamos a más no poder y, a cada minuto que pasa, crece la tensión y la excitación.

Volvemos a la carga. Imprimimos a la palanca toda la fuerza posible desde la incómoda postura en la que estamos. Hacemos varios intentos más y por fin lo conseguimos: el candado salta. Juan se deshace de él y, después de sacar la barra, abre la puerta de una patada. Se coloca frente a mi puerta y rompe el candado a la primera. Salgo y nos dirigimos al camarote de la Guardia Civil, comprobando que no hay nadie allí. Nos colocamos estratégicamente y esperamos agazapados la llegada de los guardianes. Yo voy armado con la palanqueta y Juan con el cuchillo, el único que tenemos, porque el otro no podemos sacarlo de la barra. En la espera decidimos y ensayamos la táctica de ataque. Mientras, el colega sudaca ha pasado del pálido al gris ceniza. Tanto, que opta por cerrar su puerta y la del francés. Entre tanto, Juan se pone patas arriba el camarote buscando armas, que para nuestra desgracia no están. Nos hacemos a la idea de que los guardianes van armados y nos preparamos para asaltarlos cuando aparezcan. La puerta permanece entreabierta y sólo hace un momento que nos hemos colocado detrás de ella. Cuando se abre del todo es la señal inequívoca de la presencia de los picolos: nos abalanzamos sobre el guardia civil que entra. Éste, al vernos, suelta un grito de terror: “¡Aaahhhh!”, exactamente como en las películas de miedo, e intenta escabullirse, pero le tumbamos en el suelo y le ponemos el cuchillo en el cuello. Una vez reducido, yo procedo a cachearlo, pero va desarmado. Le colocamos los grilletos y le sentamos en una silla, atándole a ella de pies y manos. Se queda totalmente inmovilizado. Le devolvemos la cartera después

Una fuga en Valladolid

–Bueno, esperad que me coloque aquí a la vera la botella de agua, como los oradores –dijo el seis– y empiezo la película. Bien, primero voy a contaros de qué manera llegué a estar en la cunda de marras, pues se dieron una serie de circunstancias especiales.

Después de la movida de Alicante[6] me tuvieron un mes en régimen especial en Daroca. Haciendo vida normal, pero en el cinco[7]. De allí mismo salí en cunda normal a un juicio en Málaga. Me llevaron en la conducción que baja de Barcelona. El juicio lo tenía con mi plas, por unas armas, las que teníamos cuando caímos en Valladolid.

En Málaga estaban paranoicos conmigo, y me tenían asfixiado. Al final, pues eso: con ropa taleguera, sin colchón, sin nada en la celda. Así que cuando pillé patio me subí al tejado y rompí todo lo que coloqué por banda: tejas, cristales... Corrían los picoletos por fuera del talego como locos. Me dieron mis cosas y bajé del tejado, prácticamente directo al furgón que me llevaba a Almería.

Estuve 10 días en nocivos y, como no me querían ni ver, me trasladaron a Granada. Allí permanecí otros 10 días. Hacía un frío de la hostia, con nieve y tal. Pillé un viaje que no veas, no sé, una neumonía o algo de eso. Pero chungo, chungo. Resulta que no había cristales y el tigre estaba pegado a la ventana. Para que os situéis: una noche me levanté a mear, de esto que estás todo calentito en la cama pero que no aguantas más la orina, y me quedé tieso en lo que meaba. Nada, en dos minutos.

Bueno, entonces cuando empezó a dolerme un poco me volvieron a llevar de cunda hasta Meco, para coger la de Daroca. En Meco me tuvieron tres o cuatro días, que por cierto, estaba allí Tapia, que hacía que no le veía una temporadilla. Estuvimos juntos en Canarias casi un año.

Yo estaba jodido, pero bien, no podía ni respirar, sobre todo cuando me tumbaba. Tenía que dormir semisentado y respirar despacito, despacito. Y en estas condiciones pillé la conducción. Ya os digo que esperabairme el martes para Daroca en la de Barcelona, pero me dieron el toque el lunes pronto diciendome que iba para Pamplona a un juicio. En las celdas de fuera vi a El Francés y al Campillo, que eran los únicos que conocía. Y, como quien dice, sólo de vista. Con El Francés salí una vez a juicio en Daroca. Nada más. Todos los demás eran gente de segundo grado que iban a Burgos y a Nanclares. Dejé los macutos en el portamaletas y subí con un chaval, que no recuerdo ni quién era, a la jaula[8]. Nos encalomaron en la parte izquierda, más o menos en la cuarta jaula desde el principio. Nada más sentarme, según estaba acoplado la bolsa del bocata y el agua, mi re hacia abajo y me quedé con que en el suelo había una raya de luz, que iba desde la puerta hasta la pared. Como el portaequipajes estaba abierto se veía perfectamente la luz. Llegué a una conclusión rápida: “O se trata de la junta de dos barras y lo que veo es el hueco entre ellas o aquí no hay soldaduras”. Pisé varias veces en distintos puntos del suelo, haciendo fuerza en el centro, y el suelo cedía abombándose cosa de dos o tres centímetros. Me dije “vale” y empecé a charlar con el compañero de jaula. Poco antes de que saliéramos seguía viendo la raya de luz, justo hasta el momento en que cerraron

6. Se refiere al motín de la prisión de Foncalent que duró tres días.

7. Módulo de aislamiento en celdas.

8. Celda de los furgones celulares de traslados. Constan de 20 celdas con dos asientos cada una y un pasillo central que las divide.

la puerta del equipaje, de manera que supuse que en esa zona no había muchos macutos. En realidad, como comprobamos después, la mitad del canguro de la parte izquierda iba vacía. Cosa rara, porque ya sabéis que siempre va empetada y hay que meter los macutos a patadas.

En fin, que salimos de Meco. Ibamos sin grilletes porque nos los habían quitado los picoletos al subir al canguro. No habíamos salido de Madrid y ya empecé a oír a El Francés, que estaba un par de celdas detrás, arrancando la pata de la silla. Bueno, más exactamente la pata del respaldo, y rompiendo el suelo. Creo que iba con Campillo. Le di el toque y le dije que parara, que saliera al pasillo y viniera a mi jaula. Siguió currando. Insistí y cuando abrieron las puertas hablé con él.

–Mira, aquí no hay soldaduras –le dije–, así que tenemos esto currado de lado a lado. Si la parte de la puerta está bien, sólo hay que currar poco más de un palmo. Y quédate bien de que esto está podrido. Ahora, como tengamos que meter la sierra, no se va a poder. Ya la he metido en otras cundas y no se come la chapa.

Pero era verdad, la zona de la puerta estaba putrefacta del agua que cae de las botellas. En un principio no se veía bien, ya que primero había que quitar la chapa del suelo, que es de madera o formica, como la de los asientos de los autobuses. El Francés me contó que había venido en ese mismo canguro desde Daroca y habían tenido bronca con los cigüeños porque intentaron currar el pasillo. Quitaron un trozo de chapa en parte de atrás del pasillo, pero los picos se mosquearon y no pudieron seguir porque les pillaron en plena faena. Los notas iban moscas porque había tres o cuatro jaulas abiertas y la gente en el pasillo les impedían la visión. Así que iban pegados a la rejilla de atrás. En esas condiciones no se podía trabajar, de modo que hice lo siguiente: dejé a El Francés solo en mi jaula para que currase y le pedía a todo el mundo que se metiera en las jaulas y chapara las puertas para despejar el pasillo. Yo me fui atrás, a la parte del servicio, y me puse a mirar el paisaje por la rejilla de la puerta, les dije a los cigüeños que me mareaba. Los picos, al tenerme a mí a la vista y ver el pasillo vacío, se tranquilizaron y se sentaron.

Mientras, el Francés curraba como una máquina. Sólo tenía la pata de la silla, pero al arrancarla, como hay que hacerlo doblándola a un lado y otro, quedó cerrada y aplanada por un extremo, como una palanqueta. La chapa de madera no es que fuera muy fuerte pero, eso sí, montaba un escándalo de la hostia cuando arrancaba los pedazos. Había algunos porros en el canguro y dimos el toque para que cantaran un poco los gitanos y demás amigos del arte flamenco a fin de amortiguar los ruidos. Todo iba bien, porque no veáis como curraba El Francés este. Parecía que se estaba partiendo la boca con el canguro.

Al cabo de un rato fui a ver cómo iba la historia y el colega había quitado prácticamente toda la chapa. La gente salió de nuevo al pasillo para taparnos, porque la zona de curro estaba pegada a la puerta y El Francés, que mide uno noventa y pico, casi no cabía en la jaula. Así que yo tenía que estar en el pasillo. Cuando vimos la chapa y quitamos toda la mierda que había encima, que era un capa de barro y grasa, comprobamos que, en efecto, de la puerta a la pared no había soldaduras y que la zona de la puerta, como de unos treinta centímetros, tenía la chapa corroída por el óxido. Así que, puestos de pie, pisamos fuertemente en el ángulo del siete, El Francés en cima de la chapa y yo, con un pie en el pasillo. De repente que éste, el francés, se hunde y se agarra a mí y a las sillas. El piso se había abierto como una lata de sardinas. Doblamos bien hacia abajo la esquina y quedó un butrón perfecto en forma de triángulo y con un diámetro amplio por el que El Francés se metió hasta la cintura y se gachó para supervisar las profundidades de la

y la única sierra que hay es vieja y pequeñita. Le paso mi cuchillo y él me da la otra pletina para sacarle punta, así que coloco de nuevo al sudaca a pipear. Juan hace lo propio con el gabacho. Este último parece que colabora con nosotros de buena gana. Al menos, así lo aparenta.

–Sí, ése era un tío dabute –intervino el cuatro.

–Cierto. Porque, en cuanto al sudaca, me ayudaba más por miedo que por convencimiento –continuó el diez–. Pero a lo que estaba: le saco punta a la otra pletina y después de apalancarla bajo el colchón sigo currando en la puerta, ris, ras, ris, ras... Continuamos hasta las ocho de la noche, intentando avanzar en nuestros propósitos. Me salen las llagas de rigor ya Juan también. Hemos llegado a la mitad de nuestro objetivo, así que está claro que no nos da tiempo.

Cuando nos traen la cena, a mí me duele todo el brazo y la mano. Apenas puedo coger la cuchara como lo hago habitualmente. Tengo que hacerlo con la parte donde no hay ampollas, pues me las he reventado y me escuecen un mazo. Ojalá tuviéramos una sierra en condiciones. He pasado todo el día cortando un hierro para nada. Y ya no puedo seguir serrando porque no puedo cerrar la mano siquiera.

Se llevan las bandejas y hablo con Juan por el butrón. Acordamos que sólo nos queda la opción de tirar cuando abran la puerta. El problema es arduo. Ninguno de los dos quiere dejar pasar esta oportunidad sin realizar algo más contundente que lo hecho hasta ahora. Pensamos en cogerles a punta de cuchillo cuando abran la puerta. Las esposas no son problema, pues podemos abrirlas con un gancho. El verdadero problema está en que al llegar al puerto otros miembros de la Guardia Civil estarán esperando la cunda y salir del barco en esas condiciones va a ser todo un espectáculo. Eso, por no decir un imposible. Tendríamos que forzar la salida armados con dos pistolas, lo cual conlleva un 90% de posibilidades de que nos maten. Y en cuanto a salir del puerto, lo tendríamos mal para dejar atrás la provincia de Cádiz con toda la Guardia Civil y la Policía Nacional a nuestros talones. Total, que no hemos llegado a ninguna conclusión. Yo me acuesto fumando un cigarro e intentando relajarme.

Tantas ilusiones para nada. Mucha película para que al final el pedazo mamón del picoleto vaya a dejarme en la próxima prisión como si fuera un petate. Pensar esto me quema. Estoy despierto hasta la amanecida prácticamente, rumiando venganzas imaginarias y sufriendo la impotencia. Era el 25 de agosto, el último día en el barco. Por la noche llegábamos a Cádiz y una fría mazmorra nos estaba esperando en el Puerto de Santa María.

Hoy Juan ha cogido fiebre y está en la cama. Debe ser gripe. He avisado a la escolta y el cerdo del monstruo le ha negado la medicina que Juan trae en el equipaje desde Tenerife. Debe creerse que es droga y ha avisado al médico del barco para que lo examine.

El colombiano, por su parte, está eufórico. Ha visto que la fuga no sale y se le ha quitado el miedo.

Pero yo, nada más irse la guardia, saco el cuchillo y empiezo a romper el techo. Abro un agujerito y arranco la chapa. Quedan a la vista maderos cuadrados que se entrecruzan. Son de un grosor considerable. El problema sigue siendo el mismo: la sierra es demasiado pequeña para poder cortar rápido y bien. Escondo en el tigre los trozos de chapa y le cuento a Juan lo de los travesaños.

Han traído la comida y la medicina de Juan. Como con apetito y pienso aceleradamente, esperando que se me ocurra algo brillante. Juan quiere pegarle fuego al plástico del ojo de buey con el mechero y eso me da la idea que busco.

a Juan a través del butrón de la pared lo que me ha pasado con el fantasma del picoletto.

A eso de las ocho de la tarde nos abren las puertecillas para deslizar por ellas las bandejas con la cena. Comemos en silencio. Apenas he hablado con el chaval que viene conmigo, pero le observo mientras como y la verdad es que no me inspira mucha confianza. Después de cenar vuelven los guardias y retiran las bandejas. Les estoy observando a través del ojo de buey cuando veo que por la cintura, en la parte de la espalda de mi odiado carcelero circunstancial, asoma la culata de un arma. Aviso rápido a Juan y le digo: “Ésa es para mí”. Se ha asomado por el ojo y lo ha visto. No hay ningún problema, nos hemos puesto rápidamente de acuerdo: una para cada uno. Hablo con Juan un par de horas y nos dan las diez de la noche. Entre otras cosas le he dicho que quiero matar al guardia civil, pero finalmente me convence de que no es conveniente.

Cuando nos metemos en la cama le digo al sudaca que vigile por si viene alguien. Saco la barra de hierro de debajo del colchón y la sierra de su escondite y me pongo a trabajar, haciendo punta en uno de los extremos. Quiero tener un buen cuchillo y lo hago pensando en la herramienta que me ha enseñado el carcelero. En don horas obtengo una magnífica arma rudimentaria, cuya eficacia queda garantizada por su aguzada punta. Guardo el cuchillo y la sierra y me dispongo a dormir. Mañana será otro día y ya se verá. Juan y yo estamos dispuestos a intentar algo, pero aún no sabemos lo qué.

Por la mañana, 24 de agosto, me despierta el sudaca para darme el desayuno que ha tenido la gentileza de coger para los dos. Son las nueve y me pongo a desayunar después de dar los buenos días a los de la celda de al lado. Más tarde, procuro hacer un agujero en la puerta para intentar solar la barra por la parte en donde cierra con el candado, aflojando la pieza. La idea me la ha dado Juan después del desayuno. Consiste en serrar desde dentro la zona en que está situado el saliente de hierro, serrando alrededor para que ceda y se suelte. La idea en sí es buena, pero el grosor de la chapa influye mucho y no tenemos casi tiempo. Nos hallamos bajo el nivel de flotación, cerca de la sala de máquinas, por lo que el ruido de la sierra se confunde con el de los motores, siendo imperceptible para los guardias civiles. He empezado a cortar y pongo al sudaca de pipa. El tío, si no me equivoco, está cagado de miedo, pues su imaginación ha atado cabos y ya se ha dado cuenta pata qué quiero el cuchillo y qué vamos a hacer. Por su cara adivino que está pasando un mal rato. Juan, por su parte, va a reventar el techo de su celda para intentar abrir un agujero lo suficientemente grande como para deslizarse por él y salir al pasillo. Me siento pletórico y radiante y sonrío al colombiano que tiene la cara descompuesta. Sigo currando, ris, ras, ris, ras. Casi a la una del mediodía aviso a Juan porque ya va a venir la comida. Ha hecho un agujero que es pequeño, pero que confirma nuestras sospechas, el techo es hueco.

Llamo al picoletto, que me he quedado que es el jovencito, y le digo:

–Oiga, que nos hemos quedado sin tabaco. A ver si nos hace el favor y nos compra unos paquetes.

–Vale, dame el dinero –accedió él–. ¿Queréis algo de beber? Ya sabéis que el alcohol no está permitido.

Le doy un talego y le pido cuatro coca-colas. Nos traen la comida y los refrescos. También el tabaco, que reparto. Después de comer, los picoletos se llevan las bandejas y se chapan en el camarote.

Yo, mientras fumo un cigarro, miro lo que he cortado en tres horas y media. Hago cálculos rápidos y me doy cuenta de que es imposible acabar el curro a tiempo. Se lo comento a Juan. Él me dice lo mismo sobre el techo de su celda. No tenemos herramientas

gruta.

Si hubiese habido macutos lo hubieramos tenido mal para doblar la chapa hacia abajo. Además, luego tendríamos que haberlos sacado y encalomado uno a uno en las jaulas. Pero, como había sospechado, esa parte estaba totalmente vacía. Todo marchaba perfecto. Se vio que la puerta del maletero era fácil de abrir desde adentro manualmente, así que ya nos relajamos pensando en el momento adecuado para saltar. Todo esto lo hicimos en un tiempo récord, pues estaríamos a la altura de Guadarrana, poco más o menos.

Ahora teníamos que elegir el punto idóneo, y claro está, a aquel que se iba a tirar con El Francés y conmigo. Bueno, Campillo se había apuntado desde el principio como quien dice. Y hubo otro tío que me dio el toque preguntando a ver si se podía engrupir. Yo no le semaba. Era algo así como de unos treinta años y con barba. Le pregunté el peta y me contestó que Vázquez Vázquez. Era de Huelva. Quise saber también que por qué estaba preso. Me dijo que tenía unos cuantos bancos y que estaba arruinado. Bien, pues dabute, uno más. Más tarde Vázquez preguntó a la gente del canguro, celda por celda, si se quería tirar alguno. Interesaba que saltaran el mayor número posible de tíos, así serían más las oportunidades. Nada, ni uno quiso engrupir.

Bueno, el canguro ese, ya sabéis, va hasta Burgos y para primero en Segovia, después en Valladolid y raramente en Palencia. Teníamos que saber si iba a detenerse en Segovia porque, si era así, tendríamos que botar allí por huevos. A mí no me gustaba la idea, ya que Segovia era una ciudad pequeña y con pocas salidas. Prefería Valladolid, por su mayor tamaño y también porque era mi terreno. Así que fui por todo el canguro preguntando a la basca si se bajaba alguno en Segovia y parecía ser que no. Entonces surgió la duda de si podría parar a recoger a alguien y eso sí que no podíamos adivinarlo. El problema lo solucionó finalmente un tío que había por allí. Se lo hizo de puta madre; se fue para la puerta delantera y le dijo al picoletto:

–Oiga, jefe. Tenemos que pasar por Segovia a recoger a mi cuñado que viene conmigo a un juicio en Burgos, ¿no?

El picoletto le dijo que no parábamos en Segovia. El colega en cuestión insistió:

–Que sí jefe, que mi cuñado tiene que venir conmigo.

El pico se mosqueó y contestó de mala hostia:

–Yo sé mejor que tú donde hay que parar.

De puta madre el colega. Se lo hizo bien.

Ahora ya sabíamos qué nos hacía falta. Todo bien, directos hasta Pucela. Bueno, sabéis que Villanuela está en la carretera de León, a unos quince o veinte kilómetros de Valladolid, de tal manera que el canguro entra por la zona sur y pasa por el centro de la ciudad. Ésa era nuestra oportunidad.

Como aún quedaba mucho por llegar, cada uno hizo tiempo, imagino que pensado en qué haría después. Quiero decir, los movimientos necesarios para salir del cerco si todo salía bien. Ahora recuerdo que andaban rulando por allí unos porros y los iban pasando. Yo pasé de fumar porque estaba jodido, aparte de que la acción estaba cercana y como la vaina iba de pinreles había que estar a tope físicamente. El Francés no tuvo muy en cuenta el aspecto físico, porque se apretó alguno que otro.

Yo me moví por allí buscando pasta, que no veas si iba tieso. Me pasaron dos talegos, justo para los primeros auxilios. Después estuve hablando con Vázquez. Él me decía que pensaba aciguar un bote rápidamente y salir derrapando de Valladolid. Yo les avisé de lo que había: “A mí me tiene aquí muy semado y, en cuanto salte la liebre, esto se

va a poner muy chungo”. También les propuse que nos reuniésemos después. Un par de ellos o tres en equipo disponen de más recursos que uno solo. Aparte de que yo conocía aquello y ellos, no. Y, lo más importante, que yo tenía gente dispuesta a apalancarnos.

Vázquez siguió con su idea de colocar el carro y largarse. Con El Francés me puse de acuerdo para encontrarnos en unos almacenes, concretamente en la sección de deportes. Previamente estaba claro que cada uno tenía que salir jalando en una dirección distinta. El único problema que teníamos era la escolta, que iba detrás: un Citroen o un Peugeot con dos cigüeños.

El Francés tuvo incluso el morro de bajarse al maletero, buscar su macuto y ponerse una chupa de cuero. Le di un teléfono para localizarme por si había problemas y lo apuntó en la etiqueta de la chupa.

El momento definitivo se acercaba y, cuando íbamos acercándonos a Pucela, nos preparamos y bajamos al maletero. La puerta daba para colocarnos tres tíos en fila y nos pusimos El Francés, Vázquez y yo. El Francés, agarrando la pletina del cierre de un lado, y yo, la del otro. Para abrirlas solo teníamos que tirar a la vez. Quedamos en tirarnos cuando paráramos en un semáforo. Como había que salir por la izquierda, si la escolta se pegaba al canguro, que es lo más lógico en un semáforo de la ciudad, podíamos tirar pateando tranquilamente hacia delante sin que nos vieses. El único con posibilidad de controlarnos era el conductor, pero por lo general está mirando al tráfico del cruce. Con tal idea, colocamos a un tío arriba, asomándose por los agujeritos de la ventana para que nos fuera indicando por donde íbamos. Como yo conocía perfectamente la zona de entrada, que es por Laguna de Duero, le iba preguntando si había un lago, una gasolinera, un río, fábricas y demás. Así estaba siempre bien ubicado. Permanecíamos en tensión. El de arriba dijo que bajábamos por un puente: era la entrada de la ciudad. Justo abajo del puente hay un semáforo donde paró el canguro. Era un sitio muy chungo para tirar, por que por un lado sólo había polígonos industriales, o sea, calles largas y sin gente, y al otro lado, tras unas manzanas, estaba el cuartel de la Guardia Civil. Un pedazo de cuartel, bueno, la Comandancia de Valladolid, que está empetada de cigüeños.

El Francés, sin consultarme, abrió la puerta y dijo: “Vamos, vamos ahora”. Yo lo sujete hacia adentro, mientras le explicaba que aquello estaba plagado de picos. Mal que bien, pude evitar que saltaran. Pero ya no podíamos chapar la burda, así que íbamos sujetando y yo iba mirando por una ranura de un par de dedos. Lo malo que tenía la calle por donde circulábamos es que corta la ciudad en línea recta y sólo se disminuye la velocidad en los tres o cuatro semáforos que cruza. Y ya sabéis que en las avenidas largas cuando pillas un semáforo abierto, los colocas todos en filas ¿no? Y el hijo de puta colocó todos abiertos y nos quedamos rabiando. Aquello estaba muy oscuro y no nos veíamos la cara, pero imagino el careto de gilipollas que tendríamos. Por lo menos yo, que sabía que nos quedaba un pis-pas para salir de la ciudad.

Atravesamos el paseo Zorrilla y enfilamos el puente García Morato. Sólo quedaban dos alternativas: una, que torciera hacia la derecha en la carretera de Salamanca, con lo que tendríamos más oportunidades; y otra, que siguiera recto y colocara la carretera de León por la zona que hay allí, una carretera de circunvalación nueva.

Mientras yo iba observando dónde estábamos por la rendija, El Francés iba aconsejándonos sobre la postura ideal para saltar en marcha. Lo mejor, según él, era hacerlo encogido. O sea, en posición fetal. “Éste está como una cabra”, pensé fugazmente.

Finalmente, y cunado íbamos a entrar en la carretera a Salamanca, el canguro

–Cada uno que lo cuente como quiera –retomó la palabra el diez–. Yo lo hago así. Me imagino como si estuviera en ese momento y lo digo según va pasando. Así que prosigo. Y no me interrumpáis, que yo dejo hablar a los demás. Bueno, estaba con lo de que se crea un clima de desconfianza en el camarote, pero yo confío en que todo salga como está previsto.

Y, efectivamente, llegamos a Las Palmas y un grupo de picoletos del lugar bajan a buscar a los presos de la celda contigua, los cuales nos desean un buen viaje antes de irse. “Suerte”, nos dicen a modo de despedida. Respondemos del mismo modo. Al cabo de un rato salimos nuevamente del puerto con destino a Cádiz. Estamos de nuevo en alta mar y los dos guardias civiles vienen a cambiarnos de celda. Antes de hacerlo nos colocan los grilletes a través de la ventanilla de la celda. Abren la puerta y yo intento ponerme con Juan de compañero, pero el monstruo se opone.

–Tú con este, que aquí mando yo –me dice.

No nos quedan más pelotas. Me ha tocado hacer chabola con el sudamericano y a Juan con el francés. Estábamos separados por la adversidad. Y nunca mejor dicho.

Los dos camarotes son iguales. Sólo hay un dato nuevo respecto al que viajaba antes: en éste hay unas escaleras pequeñas en la litera. Son de hierro hueco y fino y así a simple vista no parecen gran cosa. El tigre del nuevo camarote es igual al otro. Ambos tienen un ojo de buey a la altura de la cabeza y el cristal es de un plástico duro y grueso. Los tigres sobresalen al pasillo de las celdas y desde uno se ve el otro. Entre las puertas de las celdas y el camarote de los picoletos hay una habitación vacía. A través del ojo de buey comprobamos que las puertas de las celdas van cerradas con una barra de hierro gruesa que cruza, gracias a una bisagra que tiene en un extremo, la puerta de lado a lado y que se asegura con sendos candados a unos salientes con los agujeros necesarios para ello. Lo mismo debían de hacer en la Edad Media. Así la barra se introduce en el saliente y luego se coloca el candado. Cómo me explico, ¿eh? Soy un auténtico monstruo. En fin, que las celdas, como ya he contado, tienen dos camas-litera, un servicio y una especie de ventilador en el techo tapado por una reja. Este diminuto espacio de unos dos metros por tres será mi universo por dos largos días. Si será pequeño el chabolo-camarote que casi no podemos movernos, así que cuando uno está de pie el otro se acuesta.

Hace rato que los picoletos han sacado las sillas de la celda de Juan y no se han dado cuenta de los cortes, de modo que me siento pletórico. Cuando se van, Juan me pasa por el butroncillo que hay entre celda y celda una de las pletinas y la oculto bajo el colchón. Al poco vienen a abrir a mis vecinos: es para recoger las cosas de aseo. Nos llevan de uno en uno hasta el equipaje y sacamos lo necesario para el viaje. Cuando nos toca a nosotros salgo yo el primero. Los dos guardias civiles están delante supervisando la operación mientras cojo los útiles. Yo, como los demás, estoy esposado.

–Oye, tú, espero tener un viaje tranquilo, ¿entiendes? –me dice provocador el monstruo.

Me doy la vuelta y le miro de arriba abajo con desprecio. Saco la misma conclusión que cuando lo vi al principio: es un fanfarrón. Eso sí, un fanfarrón de uno ochenta y pico y unos cien kilos de peso que, aparte de estar armado, me tiene a su merced. Lo más inteligente es no seguirle el juego. Él se ha dado cuenta y me provoca de nuevo.

–No me mires así, que ya he tratado con muchos como tú. O peores que tú.

Está alardeando para que su compañero, novato en el cuerpo, vea lo macho que es, pues se supone que soy un preso peligroso. Recojo mis cosas y me voy a la celda. “Tranquilo, José”, me digo. Pero sigo pensando en este cerdo, y ya en la celda, le cuento

que vienen con nosotros. Y, una vez que los han encerrado en las celdas-camarote, Juan y yo. Bajamos por unas escaleras angostas por las que apenas cabemos y dejamos los macutos al final del trayecto. Al llegar abajo nos meten en la misma celda que a los otros dos. Observamos que hay dos celdas-camarote, pero la otra está ocupada por otros dos presos que, según nos dicen, vienen del Puerto de Santa María y se dirigen hacia la prisión de Salto del Negro, en Gran Canaria. En nuestra celda han puesto dos sillas hasta que nos cambian a la celda que quedará libre al llegar a Las Palmas.

Los otros dos colegas de nuestra celda son guiris y van a Carabanchel: uno, francés, que ha sido reclamado por su país y que será extraditado, y el otro, colombiano, para cumplir allí una condena por tráfico de drogas.

Juan se dedica a hablar por un agujero que comunica las celdas con los presos que van a Las Palmas. Yo, mientras, observo el camarote-celda y me percaté de que una de las sillas lleva barras de hierro para sujetar unas patas con otras.

Momentos más tarde, cuando zarpamos rumbo a Las Palmas, nos quitan los grilletes. Ya estamos en alta mar y sólo hemos visto que nos escolten dos guardias civiles: el jovencito y el monstruo.

En las puertas de las celdas hay aperturas para pasar las bandejas de la comida. Se asemejan mucho a las bocas de los buzones de Correos, aunque son más grandes y más anchas y, además, se cierran por fuera con una trampilla mediante cerrojo. Fue precisamente por esa ranura por donde nos quietaron las esposas.

Los picolos nos dicen, al cabo de un tiempo, que más tarde saldremos a coger nuestros artículos de limpieza. Asimismo nos advierten que después de Las Palmas ya no se abrirán más las puertas de las celdas en lo que dure la travesía. Está estrictamente prohibido por el capitán del barco. Y mientras mis compañeros hablan, yo vuelco la silla en una de las esquinas de la celda y empiezo a serrar la barra que sujeta las patas con una pequeña sierra. Logré pasar el cacheo que nos realizaron en la prisión antes de salir ocultándola en un playero. Noto cómo se alarman los guiris que vienen con nosotros, pero no dicen nada. Juan, sin embargo, comprende lo que pretendo y controla por el ojo de buey que hay en la puerta el camarote de la Guardia Civil, situado frente al nuestro. Para realizar esto nos turnamos en total complicidad. Primero siero yo y después, él. Mientras, el que permanece inactivo se dedica a vigilar para que el otro curre tranquilo. Estamos trabajando hasta que cortamos dos de las tres barras. Ahora sólo nos queda confiar en que no se den cuenta cuando vengan a recoger las sillas. Son dos pletinas alargadas, de unos treinta y cinco centímetros de largo por tres de ancho. Este trabajo nos lleva cerca de una hora. Es arriesgado, pero no tenemos otra alternativa. El colega Juan anda mosqueado. Me llama al tigre y me dice que desconfía de los dos tíos que vienen con nosotros. Teme que por miedo nos delaten a la escolta de un momento a otro. Esta desconfianza tan habitual entre nosotros, los presos, es una mierda, pero una mierda justificada por tanta perrancana que siempre la desconfianza y la discordia al delatar a otros presos con el fin de obtener algún beneficio o recompensa. Encima, la Administración fomenta esta actitud para llegar donde no alcanzan sus largos brazos y sus ojos de perro pastor. Es triste, pero es una realidad del mundo carcelario que todos conocemos. Pero, en fin... Al tema.

–Sí –dijo el seis–, vete al tema que luego sentarás cátedra sobre filosofías talegueras, que no veas cómo te enrollas.

–¿Has visto? –terció el cuatro–. Habla como un telegrama: llevo, cojo, siero, veo... ¿Os quedáis?

cogió la raqueta^[9] y redujo bastante la velocidad. Iríamos a 50 kilómetros por hora aproximadamente y, sin pensármelo más, les grité “¡ahora!”. Abrimos hasta arriba la puerta y saltamos.

Yo caí de pie y, nada más tocar el suelo, salí corriendo. Por el rabillo del ojo vi a uno a mi derecha rodando por el suelo. Menos mal que la curva era a la derecha y, al saltar por la izquierda, el mismo canguro nos expulsó hacia fuera, si no, nos pasa por encima. Yo salí hacia atrás. Aquella zona no era muy buena porque es un barrio periférico en plan residencial, o seas, con muchos jardines y soportales, de manera que se tenía una visión muy amplia. Pero, bueno, yo la conocía bien. El coche de la escolta se me vino encima y cuando eché a correr tuve que saltar por encima del capó para que no me metiera. Salí derrapando. Y el que iba piloteando el coche, detrás de mí. Cuando llevaba unos ciento cincuenta metros miré atrás y vi que el tío no perdía terreno. Era joven, de 25 o 26 años y ganso, más alto que yo. Cómo corría el hijo puta. Le miré un par de veces y me quedé que no llevaba trasto. Ya sabéis que en viajes largos, para ir más cómodos, suelen quitarse la funda con el trasto y dejarlo en el salpicadero. Y al salir a toda hostia, pues allí se le quedó. Bueno, el cigüeño mantenía la distancia y yo empecé a sentir dolor en el pecho y asfixia, así que puse a currar el computador cerebral. Al principio, como siempre, para que no te tiren corras hacia la gente y yo iba jalando por la acera de una calle amplia. Pero cuando vi que iba sin trasto y que me estaba reventando, tiré hacia una zona que suele estar más o menos desierta. Entre la gente corría el riesgo de que alguien se me echara encima o de que apareciera un coche de la Policía o los guindillas, así que decidí enfrentarme cuerpo a cuerpo antes de quedarme reventado.

Me metí en dirección al río, por detrás del polideportivo. Por allí había una zona de obras y no había ni dios a la vista. Empecé a reducir la velocidad poco a poco fingiendo cansancio y el nota se fue acercando por la espalda. Ala altura de un camión que había aparcado, yo ya iba muy despacio y el tío me alcanzó y me puso la mano en la espalda. Por un segundo vi la cara de triunfo que puso, como diciendo “te cogí”. Frené en seco y tiré el codo derecho hacia atrás con toda potencia. Le metí en la boca del estómago y el aire que el picoletito tenía dentro me pasó zumbando la oreja. Hizo “guassshh”, como un cohete. Vamos, que casi le saco el codo por la espalda. Me di la vuelta y le enchufé un zurdazo y un derechazo en la cara y cayó reventado y esparramacus^[10]. Cuando caía comenzó a gritar: “Socorro, ayudadme”. Me di cuenta de que dos tíos se bajaban del camión. Eran dos currantes de la obra vestidos con monos y paretas, como de 45 o 50 años. El cigüeño se quedó en el suelo con la nuca hacia arriba. Le metí dos trallazos con el puño en la nuca y el tío se quedó estirado y encogiéndose la pierna, como los epilépticos cuando les da un ataque, igual. Los currantes hicieron de aquí^[11]: se subieron al camión otra vez y chaparon la burda.

Yo salí jalando hacia el río. Fijaros si iba hecho polvo, que había una barandilla de piedra y, como no podía ni saltar, me limité a chocar con ella, que me llegaba al estómago, y bascular el cuerpo cayendo al otro lado. Rodé por el pequeño terraplen y me levanté en un paseo o caminillo de tierra que va por la orilla del río. Suelen utilizarlo los deportistas para correr por él. Empecé a correr. Bueno, más que a correr a trotar, porque no podía ni con los huevos, pero me tenía que alejar. Encima hacía buen tiempo y o llevaba un chándal

9. Entramado de accesos de una carretera a otra.

10. Expresión legionaria: reventado y desparramado.

11. Hicieron lo siguiente.

con forro de toalla, un pluma de alta montaña y botas de baloncesto. Iba asfixiado.

Llegué al puente, Isabel la Católica creo que se llama, y debajo había dos chorbos, estudiantes de 16 o 17, haciéndose un porro. Me encalomé a su vera y empezaron a mirarme así de medio lado. Hablé con ellos un poco: “Qué calor hace”, “sí, hace bueno hoy”, “ya veis, salgo a correr con todo esto encima y se pone a calentar”, “¿has corrido mucho?”, “desde el puente de la División Azul vengo”, “joder, pues sí que has corrido”. En esto que uno de ellos me ofrece el porro. Le dije que no, que solía fumar pero que ese día iba de deportista.

Recuperé un poco el aliento sentado allí con ellos y, al cabo de un rato, les entré por una para de taxis. Decían que no había, pero que por arriba del puente pasaban muchos. Se levantaron para najarse y me encalomé con ellos para arriba, más que nada para cubrirme con el bulto. Y justo subir a la carretera, apareció un taxi. Mirad, si veis cómo me lancé a por él, flipáis. Me llevó hasta la Plaza Mayor y me metí en un bar. Pillé una galimba y di un par de toques por teléfono. Me fueron a buscar en un coche y me llevaron gafas de sol y chupa de otro color. Me dejaron con comida en una casa, ya fuera de peligro. Allí oí en la radio que nos habíamos ido tres: Campillo Vázquez y yo. A El Francés le colocó el otro picoletto de la escolta unos doscientos metros mas allá del canguro. Mala suerte tuvo el chaval después de haber currado casi todo el butrón. Y bueno luego por la noche, colocaron a Campillo deambulando por un polígono industrial de las afueras. Yo no sé que hacía por allí, pero imagino que fue por eso, por no conocer la zona. Vázquez se lo hizo bien. Se metió en un barrio y le comió el coco a una gente que le sacó de la ciudad a los dos días. Difícil pillar gente así de sana, ¿eh? En cuanto a mí, yo salí a la noche siguiente de Valladolid y allí se quedaron buscándome hasta por las alcantarillas.

Bien, ésta es la vaina. Ahora le toca a otro. A vosotros, Juan y Norman.

Un crucero desde Tenerife

–No vamos a contarla los dos a la vez –dijo el cuatro–. Así que mejor la cuentas tú José, ¿vale? Si se te olvida algo, ya lo apunto yo.

–Vale, ejem. Cuento yo la historia –empezó el diez–, pero no me interrumpáis.

–Le darás tu típico tono teatral, ¿o qué? –bromeó el seis.

–El caso es contarlo, ¿no? Así que empiezo narrando desde que estábamos en la prisión de Tenerife II. El día 23 de agosto de 1991. Después de la hora de la comida, sobre las tres de la tarde, viene un grupo de carceleros a nuestras celdas y, tras esposarme, me llevan hasta el rastrillo. Está claro que nos vamos de cunda. No me quitan los grilletes y de mala manera coloco la ropa en los macutos. Cuando acabo me fumo un trujas paseando por allí, empapado de sudor por el calor que hace.

Viene un carcelero y me dice:

–Oiga, Tarrío, sólo puede llevar dos bolsas de viaje. Y en cuanto al dinero, 1.000 pesetas. Ésas son las órdenes.

–Y eso ¿quién lo ordena? –le pregunto.

–A mí me da lo mismo, pero la Guardia Civil no os lleva más bolsas. Y el doble ha dicho que no se os dé más dinero del que te he indicado –me responde el carcelero visiblemente molesto.

–Bueno –le replico–, lo de las bolsas, vale. Pero el dinero me lo llevo porque me va a hacer falta para comida y tabaco.

El tipo no sabe qué decirme y se larga taconeando muy femeninamente.

Acto seguido llega la Guardia Civil y veo solamente a dos. El que comanda el grupo me da mala espina a simple vista. Grita demasiado. Quizás para impresionarme. No sé, pero sí es eso lo que intenta lo tiene claro. Dos presos que hasta ese momento no había visto pasan a la sala de huellas. También van de conducción. Después de tomarles las huellas les ponen los grilletes y los meten al furgón celular que imagino nos llevará hasta el puerto para coger el barco. A continuación nos toca el turno a Juan y a mí. Uno de los guardias civiles se dirige a nosotros con un aire muy chulesco. El picoletto en cuestión consigue que se me disipen las dudas que tenía sobre él: efectivamente quiere impresionarnos. Mide como uno ochenta y cinco y se cree que es Romay. Total, que entramos en el furgón cuatro presos y tres picos: el monstruo y uno joven que parecía ser un perrito faldero, aunque no parecía gustarle cómo trataba a los presos su camarada. Este chaval tendría mi edad, alrededor de 23 años. Además de ellos estaba el conductor del furgón, que era el más viejo de los tres.

Salimos del recinto. Los otros dos presos que vi en la sala de huellas van a mi lado. Juanito, sentado frente a mí, lee tranquilamente una carta. Llegamos al puerto y desde la ventanilla enrejada del furgón diviso frente a nosotros la enorme mole del barco: se trata del J. J. Sister. La zona de entrada de vehículos es un puente levadizo que conecta el asfalto del puerto y el garaje del barco. Los vehículos van entrando uno a uno en fila india. Esta zona se halla vigilada por cinco o seis picoletos armados con metralletas. Supongo que están allí para regular el tráfico y, de paso, evitar cualquier posible evasión. Al llegar al puerto de Cádiz nos esperarán otros tantos picolos. Así lo comprobé en el viaje de ida y así supongo que va a suceder en el de vuelta.

La Guardia Civil nos da preferencia y, en un momento, estamos dentro del barco. Abren las puertas del furgón y bajamos de dos en dos. Primero salen los compañeros